

12.3. La vajilla de mesa	624
12.3.1. La <i>Terra Sigillata</i> Africana D (TSA-D)	624
12.3.2. Otras cerámicas finas de mesa	630
12.4. Las lucernas	630
12.5. Los <i>Late Roman Unguentaria</i>	636
12.6. <i>Ampullae</i> de San Menas	649
12.7. Cerámicas comunes	632
13. EL VIDRIO EN ÉPOCA BIZANTINA	665
13.1. Características generales	665
13.2. El repertorio tipológico en los contextos domésticos	669
13.3. El vidrio en ámbito funerario	682
14. LA NUMISMÁTICA	687
14.1. Características generales del comportamiento monetario durante la presencia bizantina	687
14.2. Individualización de paisajes monetarios	695
14.3. El problema de la residualidad	698
14.4. La relación con el norte de África	699
14.5. La presencia de moneda vándala	702
14.6. El predominio de nominales de escaso valor	704
14.7. La ceca local de Cartagena	709
14.8. Otras cecas locales	711
14.9. La escasez de moneda áurea	713
14.9.1. La ceca de Cartagena	714
14.10. La escasez de moneda de plata	716
14.11. Valoración	717
14.12. Distribución de la moneda bizantina en el territorio hispano	718
14.12.1. La <i>Spania</i> bizantina	719
14.12.2. La <i>Hispania</i> visigoda	722
14.13. La moneda visigoda en el territorio bizantino	723
15. LA EPIGRAFÍA DE ÉPOCA BIZANTINA	727
15.1. Introducción	727
15.2. Las inscripciones de <i>Spania</i> y su área de influencia	732
15.2.1. <i>Carteia</i>	732
15.2.2. <i>Malaca</i>	733
15.2.3. <i>Baria</i>	733
15.2.4. <i>Carthago Spartaria</i>	735
15.2.4.1. Las inscripciones latinas	736
15.2.4.1.1. La inscripción de <i>Comitiolus</i> . CIL II 3420; IHC 176; Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 208	736
15.2.4.1.2. Inscripción funeraria procedente del Teatro Romano (Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 210, lám. 183)	741

15.2.4.1.3. Inscripción funeraria hallada en la necrópolis de época bizantina	743
15.2.4.1.4. IHC 404; Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 209, lám. 182	744
15.2.4.2. Las inscripciones griegas	745
15.2.4.2.1. IHC 177/ ICERV 423/ Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 212, lám. 185	745
15.2.4.2.2. IHC 178/ ICERU 422/ Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 213	747
15.2.4.2.3. Abascal Palazón y Ramallo Asensio, 1997, nº 214	748
15.2.5. <i>Dianium</i>	748
15.2.6. <i>Maiorica</i>	750
15.2.7. <i>Minorica</i>	753
16. ELEMENTOS DE INDUMENTARIA Y ADORNO PERSONAL	755
16.1. Elementos de adorno personal	758
16.2. Elementos de indumentaria	770
16.2.1. La indumentaria militar	782
17. EL TRABAJO DEL METAL DURANTE LA ETAPA BIZANTINA	793
17.1. Los objetos de uso litúrgico	794
17.2. <i>Instrumenta metallica</i>	800
18. A MODO DE REFLEXIÓN FINAL	809
19. FUENTES Y CORPORA EPIGRÁFICOS	819
20. BIBLIOGRAFÍA	823

7. SPANIA Y EL MUNDO MEDITERRÁNEO. COMERCIO PRIVADO Y DISTRIBUCIÓN ESTATAL

Si hay algo que caracteriza la zona bizantina, es la fuerte presencia de material importado, muy especialmente en las facetas cerámica y numismática, donde esa importación, además, se encuentra dominada por el norte de África. De hecho, también la mayoría de las estructuras que se van conociendo en *Spania* guardan relación con esas actividades, como los contextos de almacenamiento de *Iulia Traducta*, *Malaca* o *Carthago Spartaria*¹. Las mismas fuentes, como Cosme Indicopleusta, muestran el Imperio como una potencia basada en el comercio marítimo, alcanzando áreas tan lejanas como Inglaterra hacia Occidente, o la India, a través del Mar Rojo. En esta suerte de talasocracia, el Imperio fundamenta su dominio en toda una serie de puertos mediterráneos. De su importancia, de su valor superior al meramente comercial, da cuenta el hecho de que, en los distintos territorios, los diversos contendientes concentren su interés en su destrucción, como vemos con Génova o Luni en el caso de Italia, o *Malaca* y, sobre todo, *Carthago Spartaria*, en el caso de *Spania*².

En este sentido, precisamente en el origen de esta importación, en el modo en el que se canaliza hacia el territorio, y en su envergadura, radica una de las principales diferencias entre las zonas bizantinas y aquellas otras que escapan a su soberanía. De esta forma, mientras que las posesiones imperiales ven garantizado un abastecimiento, intenso y diverso, gracias a la complementariedad entre la comercialización debida a la iniciativa particular, y aquella otra fruto de las iniciativas estatales, de forma particular con el funcionamiento de la renovada *annona*; las zonas no dominadas por los *militēs* sólo pueden confiar en la primera, si bien la vecindad respecto a aquellas otras, a veces juega a su favor.

1 Para los dos primeros, *vid.* BERNAL CASASOLA, 2003a, p. 47 y 50-51. Acerca del caso cartagenero, ya nos hemos detenido en el análisis del barrio asentado sobre el teatro, muy cercano a la zona portuaria. Por lo demás, para algunas de estas dinámicas, VIZCAÍNO, 2004a.

2 GARCÍA MORENO, 1993b, p. 96 y 101-102; MORRISSON y SODINI, 2002, p. 172.

Para los mismos territorios bizantinos, ambos mecanismos de aprovisionamiento no siempre se complementan en igual grado, de tal forma que la primacía de uno u otro dependerá de factores varios.

En el caso de núcleos imperiales de tamaño reducido, como, por ejemplo, el castro ligure de San Antonino di Pertini, su depósito material, similar en su composición, que no en su magnitud, al de otras ciudades bizantinas como Roma, se debería casi de forma exclusiva al suministro organizado por la administración imperial³.

Mientras, en las ciudades de mayor entidad, a este abastecimiento, se une también la existencia de una más pujante demanda, tanto en su cantidad como en su composición, ahora más heterogénea, diversa, que posibilita así, iniciativas comerciales complementarias. De este modo, ya no sólo cuentan con el que podríamos llamar repertorio funcional, compartido por todas las zonas, sino también con mercancías que exceden éste, dando cabida a otros productos, otros territorios, capaces de satisfacer una estructura social más compleja. Su entidad posibilita, además, ir más allá de estos centros destinatarios, dado su conversión en focos capaces de articular una redistribución.

De hecho, en ocasiones, los mencionados núcleos reducidos, si se encuentran en el ámbito de influencia de alguna de estas urbes, también pueden participar de los flujos que alimentan aquellas, a través de redes secundarias, que permiten así un enriquecimiento de sus depósitos.

Viendo la situación que registran la *Spania* bizantina y la *Hispania* visigoda, se desprende la idea de una complementariedad de los agentes responsables del suministro.

Así, si bien la reducida potencia demográfica que a partir de la documentación disponible parece caracterizar los enclaves situados en la zona imperial, podría negar la existencia de una base económica lo suficientemente amplia como para sostener iniciativas comerciales de larga distancia, abogando, por tanto, a considerar una mayor dependencia respecto al abastecimiento estatal, el hecho de que estas mercancías se documenten también en ámbitos no sometidos a la soberanía de los *milites*, es clara muestra acerca de la actuación de esos intereses comerciales particulares.

En esta línea, es necesario no magnificar la situación registrada en época bizantina, pues, el conocimiento reciente de contextos del siglo V, momento en el que la distribución queda en manos exclusivamente de la iniciativa privada, no muestra grandes diferencias respecto a nuestro período en lo que se refiere a la capacidad para acceder a las mercancías importadas mediterráneas, relativizando por tanto, el papel público en la posibilidad de mantener la llegada de éstas.

De hecho, un caso concreto como el de Cartagena, que no parece mostrar grandes diferencias demográficas entre uno y otro período, evidencia como, en el previo, aun sin la participación del Estado, las mercancías de los distintos lugares del Mediterráneo siguen llegando con normalidad, a pesar de no contar, en principio, con una demanda sólida. No obstante, sobre esta existencia de estímulo económico, de perspectivas de negocio, surge la pregunta no fácilmente contestable, de si tan amplia intensidad de importaciones, y en consecuencia, tan amplia variedad de producciones cerámicas, se deben únicamente a la demanda local de cada uno de estos centros urbanos o, por el contrario, a la redistribución a sus entornos más inmediatos. En este sentido, si esto último se puede intuir para Cartagena, habida cuenta de la presencia de material importado en otros puntos del Sureste murciano, como *Begastri*, y aún en otros lugares, como el Valle del Vinalopó, que quizá ahora, dada la involución del *Portus Ilicitanus*, también dependen de ella;

3 MURIALDO, 2001b, p. 302ss.

la misma situación parece perfilarse para otras *civitates* costeras bajo soberanía de los *militēs*, como Málaga, que registra una densa ocupación de su hinterland, documentada a través de un buen número de necrópolis, o igualmente, *Carteia*⁴.

Comoquiera que sea, hemos de aceptar para este período, la intervención conjunta de ambos mecanismos de distribución pública y privada. Dicho de otro modo, encontramos una síntesis entre economía mercantil y economía dirigística, en donde un fuerte poder central, se encuentra en grado de gestionar directa o indirectamente, los flujos comerciales entre las diversas provincias⁵.

Con todo, bien es cierto que el papel de la *annona* y de las distribuciones públicas es difícil de precisar, siendo determinante para algunos (J. Durliat), mientras que no tanto para otros (V. Sirks y J.M. Carrié). No en vano, la *annona* ha ocupado un lugar central en la explicación de los cambios operados en el mercado mediterráneo entre los siglos V-VI. Así, para algunos autores, sería precisamente la anulación de ésta durante el dominio vándalo, la circunstancia que favoreció la comercialización de la producción africana durante la primera de estas centurias por el Mediterráneo Occidental; en tanto su restauración se considera causante de un descenso de las importaciones africanas en aquella zona durante el siguiente siglo, dado que la producción, habría de canalizarse hacia Oriente⁶. Se trata de planteamientos que la investigación posterior ha ido matizando.

Del mismo modo, por cuanto se refiere al reparto organizado por la administración, es necesario diferenciar varios niveles. Así, junto a la implicación directa del Estado, también el abastecimiento de las grandes ciudades dependería de las curias y, muy especialmente, de los obispos, ahora determinantes en el nuevo gobierno ciudadano. Conocemos, de hecho, su participación en cuestiones concretas del comercio, como evitar que los *negotiatores* que perteneciesen a la casa imperial se excedieran de la moderación al comerciar⁷. El mismo caso de Gregorio Magno en Roma, así lo ilustra⁸. En esta dirección, tampoco debemos olvidar la participación de la Iglesia en las mismas empresas comerciales, como indican sus dominios de Sicilia, la comercialización del vino de Calabria a través del ánfora Keay LII, o algunos *spatheia* y *Late Roman Unguentaria*⁹.

Por centrarnos en el ámbito de la *Renovatio Imperii*, de la misma forma que el aprovisionamiento del *limes* danubiano recaería en las flotas de la *Quaestura Iustiniani exercitus*, que comprende Chipre, Caria, islas egeas, Scitia y Mesia; otro tanto sucedería en Occidente, en donde la defensa de la soberanía imperial en el Adriático, Liguria o *Spania*, motivaría el envío de convoyes de abastecimiento¹⁰.

4 BERNAL CASASOLA, 2003a, p. 47 y 49.

5 ZANINI, 1998, p. 332.

6 Planteamientos recogidos, con su correspondiente bibliografía, por VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 483-484.

7 GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 1997a, p. 106-107, refiriendo la ley CJ.1.4.1 en lo relativo al comercio, así como las 1.3.17 o 1.4.18, en lo relativo al control episcopal en el abastecimiento. *Vid.* SODINI, 2000b, p. 196.

8 SODINI, 2000b, p. 195-196.

9 Acerca de tales empresas, *vid.* WHITTAKER, 1983, p. 163-180. Apunta la comercialización de vino italiano, VILLA, 1994, p. 346-350. En cuanto a los *spatheia*, su documentación en yacimientos como el complejo religioso de *Vibo Valentia* (Calabria), ha llevado a proponer un control eclesiástico en su comercialización, *vid.* ARTHUR, 1989, p. 79-93. Para los unguentarios orientales, el registro de algunos sellos episcopales llevó a proponer tal implicación eclesiástica (HAYES, 1971, p. 243-248). Con todo, como también veremos, la constatación de un control por parte de los eparcos, muestra la coexistencia de diversas iniciativas.

10 SODINI, 2000b, p. 195. En el mismo sentido, MURIALDO, 2001b, p. 302-303.

En el caso hispano, el suministro será, sobre todo, africano, como deja ver la fuerte presencia de TSA-D, ánforas tunecinas (Keay LXI, LXII y *spatheia*) o, en menor porcentaje, cerámica culinaria de la misma procedencia. Incluso las ánforas orientales llegan en buena medida a la costa hispana redistribuidas a través de Cartago¹¹, de tal forma que, este abastecimiento, plasmación concreta de una más variada e intensa relación entre *Spania* y África, hace de la «bizantinización» de la primera, una suerte de «africanización».

Tales intercambios tenían como motivación fundamental el aprovisionamiento de los cuadros administrativos, religiosos o militares, implicados en la campaña restauradora. En el caso de *Spania*, dado el acantonamiento urbano en la costa, la escasa penetración en el interior, la desarticulación que ya se arrastra entre ciudad y su *ager*, y la misma atonía productiva de este último, tales mecanismos pasan a primer término. Elocuentes son al respecto, las palabras que Leandro dirige a su hermana Florentina, refiriéndole su *terra natalis*, *Carthago Spartaria*, testimonio que, a pesar del posicionamiento subjetivo y del tono metafórico, dejan ver detrás, la situación que arrastra buena parte del territorio imperial, por los factores enumerados: «*aquella tierra nuestra ha perdido su privilegiada situación y hermosura hasta el punto de que no queda en ella persona libre, ni goza su suelo ya de la fertilidad que era tradicional. En efecto, la tierra a la que se le han arrebatado sus ciudadanos y en la que se han introducido extranjeros, al perder su honor, perdió igualmente la fecundidad*» (*De Inst.virg.*, XXXI.6-7).

Por cuanto ahora nos interesa, en el caso de la tropa, si bien la cantidad de víveres dependía del cuerpo al que se perteneciese y la temporada, sabemos al menos de sus necesidades alimenticias en tránsito. Así, tal abastecimiento, completando la entrega o requisa de productos en especie en los territorios donde estuviesen desplazados (*coemptio*), debía cubrir al menos dos libras de pan, una de carne, dos sextarios de vino y un octavo de sextario de aceite como ración diaria¹².

Así las cosas, el hecho de que la organización estatal bizantina contribuya a mantener vivas las instituciones que regulan la producción y distribución mercantil, permite una diferenciación entre sus territorios y aquellos otros sometidos a una administración distinta, de tal forma que, en estos últimos, la organización estatal no es capaz de garantizar la plena participación en los flujos comerciales mediterráneos, ahora en manos de factores diversos, muy especialmente el económico, por cuanto se refiere a la existencia de una potente demanda; y el geográfico, en virtud de su cercanía a posesiones imperiales.

Ello parece apreciarse de forma neta en Italia, donde, con las debidas reservas, es factible la individualización de dos zonas económicas y ceramológicas, cuyos respectivos confines coincidirían con los político-territoriales de dominio bizantino y longobardo. De esta forma, mientras que la Italia en manos de los *milites*, estaría caracterizada por la continuidad de las importaciones y por la distribución a media distancia de sus manufacturas propias; la otra presentaría únicamente cerámicas de producción local, y de forma extraordinaria, objetos de importación¹³.

11 REYNOLDS, 2003, p. 578.

12 Tales informaciones se extraen de un papiro datado entre el 550-560. En cualquier caso, hay múltiples variaciones. Así, por ejemplo, para los bucellarios la ración era más reducida en todos los alimentos (media libra de carne, un sextario de vino, y un décimo de sextario de aceite), salvo en el caso del pan (tres libras). Precisamente, Procopio (BELL. VAND. I, 13, 19) nos informa de una cantidad de pan superior para cada soldado, que cifra en un chenice, 1,300 kilos. Por lo demás, la libra equivale a 324 gr, y el sextario a 0,543 gr. Acerca de todo ello, *vid.* RAVEGNANI, 2007, p. 133-137.

13 ZANINI, 1998, p. 320-332.

Junto a esa iniciativa pública, habría que situar también el comercio privado. La presencia de mercancías importadas en las zonas fuera de la soberanía de los *milites*, sería ilustrativa en este sentido. Con todo, aquí también hay que hacer una matización en función de las zonas, teniendo en cuenta los mencionados factores geográfico y económico. Así, la costa mediterránea visigoda, al igual que ocurre con el Midi francés, dada su situación intermedia, a modo de bisagra entre los polos bizantinos de Italia y *Spania*, también pudo verse beneficiada por los flujos articulados en torno a ellas, explicando, por tanto, la riqueza de contextos materiales como los de Marsella, Tarragona o Valencia, muy similares a los de las grandes ciudades de zonas imperiales¹⁴, en tanto, también aquí, en las citadas urbes, se da el factor económico, existe una demanda. Muestra de esa circulación intensa por esa zona mediterránea intermedia, serían los pecios franceses de La Palud (Port-Cros) y Saint-Gervais (Fos)¹⁵.

En cambio, en zonas excéntricas a esos flujos, sea ya el interior peninsular, o la costa bética atlántica, actuarían únicamente iniciativas comerciales privadas, caracterizadas por un menor volumen material que los lugares dependientes del abastecimiento estatal. Aquí, de forma coherente, se reducen las evidencias, de tal forma que para la segunda zona citada, apenas se puede citar más un pecio en el Guadalquivir.

Sea por abastecimiento estatal, sea por comercio privado, y especialmente, por la conjunción de ambos, la presencia bizantina favorecerá que aquellos territorios donde se experimenta, sigan fuertemente imbricados en el mercado mediterráneo. Por el contrario, en las zonas que escapan a la soberanía imperial, el vínculo con tal mercado será menos sólido, operándose una progresiva «desmediterraneización», como se ha señalado en el caso de la Italia longobarda¹⁶.

En este sentido, la dinamización comercial impulsada por la administración bizantina en el marco hispano, se centra en sus posesiones, y aun incluso en éstas, a tenor de la escasa penetración que los envases importados parecen tener en el territorio, tan sólo en una serie de ciudades costeras¹⁷. Así, si bien la frontera política no parece alcanzar el grado de impermeabilidad económica que tiene en Italia, no obstante, también plasma de algún modo dos modelos económicos y comerciales, con sus correspondientes horizontes cerámicos diversos que, en nuestro caso, se deben más a razones de índole espacial, así como a una gestación previa¹⁸. De esta forma, se pueden señalar diversos modelos para el interior de la Península, el territorio visigodo mediterráneo (la *Tarraconense* costera y parte de la *Cartaginense*) y la provincia bizantina, recayendo las diferencias entre las dos últimas, más en cuestiones de porcentaje e intensidad con la que se dan los materiales importados y, en consecuencia, en el grado de imbricación que cada una presenta en el mercado mediterráneo, que propiamente en la individualización de distintos tipologías cerámicas¹⁹.

14 MURIALDO, 2001b, 302-303.

15 LONG y VOLPE, 1998, p. 317-342; y JÉZÉGOU, 1998, 343-351.

16 MARAZZI, 1998, p. 154.

17 Así ni siquiera en la totalidad de la franja costera mediterránea puesta bajo su dominio, en tanto el panorama que se vislumbra en Cartagena o Málaga, aún no se detecta en la costa intermedia, las costas almeriense (BLÁNQUEZ *et alii*, 1998, p. 39-45 y 265-272) o granadina (GÓMEZ BECERRA, 2000, p. 7-21).

18 En efecto, la heterogeneidad entre el interior y la costa, se gesta ya en el siglo III, para proseguir en las centurias siguientes, *vid.* a este respecto, GUTIÉRREZ LLORET, 1998b, p. 549ss.

19 Es decir se trata más de diferencias porcentuales que compositivas, de tal forma que mientras que en una zona unos determinados tipos sólo resultan esporádicos, en otra, se documentan con profusión. *Vid.* RAMALLO y VIZCAÍNO, 2002, p. 317. Desarrollamos estas cuestiones en el apartado dedicado a la documentación cerámica.

Lo cierto es que, este mar, el Mediterráneo, ha pasado a convertirse nuevamente, de la mano de la *Renovatio Imperii* justiniana, en un «lago romano»²⁰, surcado a partir de este reinado, por un mayor número de mercaderes, que recuperan una actividad comercial algo debilitada en época vándala. Es así como a partir de ahora aumenta de nuevo la documentación de pecios, o se corrige e incluso invierte la tendencia individualizada para esa etapa previa, en la que factores varios, como la inestabilidad introducida por las acciones piráticas de la marina vándala, había provocado la máxima divergencia porcentual en la relación entre población y mercancías importadas²¹.

Tampoco hay que perder de vista que, a pesar de que este período puede tildarse de recuperación, y como tal, referimos continuamente el dinamismo comercial, éste en ningún momento llega a alcanzar las cotas de momentos precedentes, menos aún de la etapa altoimperial. De hecho, algunos autores relativizan el papel que jugó la presencia bizantina en la dinamización comercial de las costas hispanas, suponiendo que la llegada y conocimiento de los productos mediterráneos, tan sólo se ve favorecida por éstos «muy débilmente»²². No en vano, a pesar de que, como hemos señalado, los pecios datables en el siglo VI, especialmente en época justiniana, aumentan con respecto a los del siglo V, lo cierto es que siguen situándose en la mitad de los datables en el siglo IV²³.

De forma genérica, debemos aceptar así la diferencia tanto cualitativa como cuantitativa de este comercio mediterráneo, respecto al desarrollado en época clásica, lo que se debe no tanto a la misma transformación del comercio o el comerciante, como sí a la de la sociedad que los comprende²⁴.

Entre otros factores, hay que considerar la reducción de tonelaje, continuando la tendencia ya iniciada en época bajoimperial.

Del mismo modo, también a partir de este momento, podemos hablar de la desaparición de los cargamentos exclusivos de una sola producción, que ahora dejan paso otros heterogéneos, dando cabida a materiales relacionados con la indumentaria y adorno personal, material arquitectónico, manuscritos, correspondencia, o personas particulares que deben emprender viajes y peregrinaciones²⁵.

A la intensidad de los flujos dirigidos por estos *transmarini negotiatores*, hemos de asociar incluso la difusión de epidemias «mediterráneas» como la peste, que desde su foco primitivo alcanzará toda la ribera de este mar²⁶.

En el caso hispano, a tales flujos se debe la llegada de un depósito cerámico donde las importaciones africanas y orientales cuentan con gran protagonismo, pero también la recepción

20 BURY, 1910, p. 23.

21 ZANINI, 1996, p. 677-688

22 RIPOLL, 1998, p. 234. En el mismo sentido, p. 124-126.

23 A este respecto, de 29 naufragios datables en el siglo VI, ca. 25, se sitúan en el segundo cuarto del siglo VI. Éstos también señalan un punto focal en el Mediterráneo centromeridional. *Vid.* ZANINI, 1998, 294-296.

24 RUIZ DOMENÉC, 1978, p. 15-31.

25 Acerca de la desaparición de los fletes de mercancía única, ARTHUR, 1986, p. 658. Sobre todos esos elementos complementarios a partir del siglo VI, *vid.* GORGE, 1925; VERCAUTEREN, 1964, p. 393-411; LACARRA, 1964, p. 233-278; PERTUSI, 1964, p. 75-133; DÍAZ y DÍAZ, 1975, p. 133-175; PARENTE, 1983, p. 231-316; RIPOLL, 1998, p. 56-58 y 236; y SODINI, 2000a, p. 423-448.

26 Sobre los comerciantes, *vid.* D'ORS, 1958, p. 467-483. Acerca de la difusión epidémica, VALLEJO, 1993a, p. 480-482.

de otros materiales más escasos, como mesas polilobuladas, capiteles u otras piezas que incluso dejan ver influencias coptas²⁷.

En cuanto al funcionamiento de estas redes comerciales, aún es poco lo que sabemos. Sí parece claro que las islas Baleares ocupan un lugar esencial, y no tan sólo de cara a la zona bizantina hispana, con la que mantendrá especiales lazos, sino también respecto a la visigoda. Dicho papel vendría realizándose ya desde el previo período tardorromano, entre los siglos IV y mediados del siglo VI. Así, el alto porcentaje de vajilla fina norteafricana y ánforas orientales documentadas en yacimientos valencianos como L'Illa de Cullera, o ya en el interior Valencia La Vella, se ha relacionado con una probable conexión con las islas. La situación se perfila ya más clara en Alicante, donde parte de su abastecimiento, especialmente de las ánforas tunecinas, pero también de las orientales LRA 1-4, no así la 5, podría canalizarse a través de las Baleares, afirmación que tendría su apoyo material en la documentación en la costa levantina de los contenedores baleáricos Keay 70 y 79. Lo mismo podríamos decir respecto a Cartagena, en este caso, además, concretándose dicha conexión en época bizantina a través de la documentación en las islas, de las cerámicas y las monedas producidas y acuñadas, respectivamente, en la ciudad surestina. Con todo, en esta última, a diferencia de los territorios levantinos, la presencia de las ánforas mallorquina Keay 79 e ibicenca Keay 70, parece más escasa²⁸.

También la comercialización de estas ánforas en ámbito itálico, sobre todo tirrénico, ha llevado a señalar la inserción de la Península en una ruta general mediterránea «de retorno», si bien a una escala muy redimensionada con posterioridad a los inicios del siglo VI. De hecho, también el tamaño de los recipientes baleáricos y su escaso número, hace pensar en un contenido preciado²⁹.

Interesa destacar, igualmente, la ruta atlántica, sobre cuya existencia y vitalidad las *novellae* de Justiniano, Procopio o Agatías, muestran las esperanzas puestas³⁰. A este respecto, cabe recordar que existe una concepción geográfica diversa, que diferencia únicamente dos continentes, Europa y Asia, rodeados de un océano externo, y separados internamente por un canal, el Mediterráneo, que se considera iniciado en Cádiz y acabado en el lago *Meotis*³¹.

Textos como el de Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, recogido por Leoncio de Nápoles, nos informan acerca de esa ruta atlántica, relatando la travesía de una nave bizantina cargada de trigo, fletada desde Egipto para traer los famosos metales, estaño y oro, de las islas del Extremo Occidente, de Cornualles y las Órcadas³².

27 Contamos así con mesas de mármol oriental en *Ilici*, El Monastil o *Hispalis* (MÁRQUEZ, 2000), o con capiteles que hubieron de llegar sobre todo en época medieval, como los dos de Mallorca u otro de Barcelona, procedente de la iglesia constantinopolitana de San Polyeucto (CORTÉS, 2003, p. 224-225.). Por lo demás, con esa influencia copta podemos relacionar toda una serie de lucernas bronceas, como un ejemplar gaditano (GÓMEZ DE AVELLANEDA, 2001).

28 REYNOLDS, 2003, p. 576-578.

29 MURIALDO, 2001b, p. 304.

30 En este sentido, lo señala VALLEJO GIRVÉS, 2002c, p. 61, a la hora de referir el simbolismo de las Columnas de Hércules y el *desideratum* de ir más allá de ellas.

31 Es así la concepción que expresa el mismo Procopio (*Bell. Vand. I*, 1, 4-5).

32 FONTAINE, 1972, p. 148. Acerca del contacto con esta zona, *vid.* WARD, 1968, p. 460-471, refiriendo el célebre pasaje de Procopio (*Guerras II*, 6, 28); no faltando tampoco documentación material, como ponderales y otras piezas que, datadas en el siglo VI, han sido halladas en la isla, como recoge BUCKTON, 1994, n° 52, 74 y 79. Con todo, si bien la documentación escrita deja ver que la empresa restauradora justiniana había considerado la incorporación de la Península Ibérica y seguramente *Galia, Britannia* por el contrario quizá no estuvo nunca entre los planes del emperador, si tenemos en cuenta el pasaje referido del autor de Cesarea, donde Belisario se muestra dispuesto a permitir que los ostrogodos dominen ésta a cambio de abandonar Italia.

Materialmente, esta ruta se encuentra probada por diversos indicios, como puede ser la comercialización de las cerámicas africanas, documentadas en *Baelo Claudia*, o en yacimientos portugueses como Tróia de Setúbal o Conimbriga³³.

En esos contactos, Mérida se revela como epicentro fundamental, tal y como dejan ver referencias textuales y documentación material, si bien lo cierto es que la «irradiación del orientalismo» consecuencia del proceso, tiene lugar no ya en este momento, sino en plena época visigoda, partiendo del Oriente bizantino y llegando por vía directa³⁴.

De la misma forma, también está constatada la presencia de comerciantes orientales en Mértola, *Turgalium* u *Olisipo*, en tanto que ponderales y monedas, como las de Focas y Heraclio halladas en el pecio lusitano de Cabo Espochil, dejan ver la activa distribución. La misma *Gallaecia* sueva no escapa a tales contactos, de tal forma que ciudades como *Bracara Augusta* siguen importando ánforas orientales, así como TSA-D, *sigillata* focense o también chipriota³⁵.

Sabemos que la navegación tendría lugar a partir de mayo, como recoge San Isidoro (*Etym.*3,70), quien señala que las Pléyades anuncian el tiempo de ésta. El mismo obispo de Sevilla, remarca la importancia del factor astronómico, diferenciando entre las *sidera* (constelaciones) y *signa* (señales), que guían a los navegantes³⁶.

En este orden de cosas, el siglo VII marcará un nuevo punto de inflexión. Junto a múltiples causas, influye en ello los síntomas de agotamiento que experimenta el territorio africano, cuya recuperación en la anterior centuria, no había pasado de ser efímera. Así, aquí, de la misma forma que se advierte una involución urbana, también el tejido productivo y comercial parece verse afectado, siendo mínimo el número de contenedores orientales que llegan a Cartago, en un retorno al autoconsumo³⁷. Dicho proceso también pudo conllevar dificultades de abastecimiento del mercado occidental, de tal forma que, en esta coyuntura, se aprecia en Nápoles una mayor dependencia respecto al transporte oriental, con un mayor número de contenedores egeo-microasiáticos y palestinos, que africanos³⁸.

No obstante, tampoco ello significa el desplome del mercado africano, como hasta hace poco se mantuvo³⁹, sino antes bien, una readaptación a las nuevas circunstancias. De hecho, como veremos, se producen modificaciones en la morfología de los contenedores anfóricos comercializados, apareciendo ahora las ánforas globulares de fondo umbilicado, de probable derivación

33 Respectivamente, BOURGEOIS y MAYER, 1991; MACIEL, 1996 y DELGADO, 1975, p. 249-313.

34 Así, los textos nos informan de la llegada a la ciudad de personajes como los obispos Pablo y Fidel. La epigrafía pruebe de hecho estos flujos (DE HOZ, 2007), como también la indumentaria oriental de la noble enterrada en Turuñuelo, que porta una fíbula con inscripción en griego, etc. A través de estos orientales, llegarían mercancías como las vestimentas litúrgicas de sede, que nos son referenciadas, la mesa en forma de sigma de Casa Herrera, o en general, las influencias que se advierten en la escultura arquitectónica, como señala ARBEITER, 2000, p. 261-263.

35 Sobre tales mercaderes, GARCÍA MORENO, 1972, p. 131-141; acerca de ponderales y monedas, MAROT, 1997, p. 164-177, e *Idem*, 2000-2001, p. 144. En cuanto al caso bracarense, MORAIS (2005, p. 55-68), hace hincapié en el predominio de las ánforas orientales sobre las africanas, frente a lo que es común, lo que, además de interpretarse como una prueba de la capacidad adquisitiva desahogada de la población, se considera también indicativo de que la gente del Noroeste no consume mucho aceite de oliva, prefiriendo la grasa animal y sus derivados.

36 *Vid.* así VERNET, 1978, p. 331 y 335-336, en su estudio sobre la navegación altomedieval.

37 PANELLA, 1989, p. 138-141.

38 ARTHUR, 1985, p. 247-259.

39 Es el caso así de Hodges y Whitehouse, quienes señalan una dislocación del comercio marítimo ya a finales del siglo VI.

oriental, e indicativas de una transformación de la actividad productiva y de la modalidad de transporte⁴⁰.

En efecto, cada vez parece más claro que especialmente la Tunicia septentrional, y dentro de ésta, en particular la región de Cartago, no cesa la producción de bienes de exportación, sino simplemente reduce progresivamente su cantidad y radio de difusión, que continuará hasta la misma conquista de la ciudad por los árabes. En el mismo sentido, frente a las afirmaciones de Pirenne, también hoy día se perfila una unidad mediterránea durante todo el siglo VII, con activos contactos entre Oriente y Occidente⁴¹.

Con todo, cada vez serán menos los núcleos que siguen insertos en esas rutas. Fuera de éstos, la progresiva desconexión de tales flujos, había supuesto ya para entonces el afianzamiento de manufacturas locales, caracterizadas por niveles tecnológicos más elementales, y mejor adaptadas a las necesidades de un mercado menos exigente, pero más estable.

A este respecto, la liquidación de la soberanía imperial en *Spania*, también sacará a sus *ciuitates* de la lista reducida de los primeros, para compartir un panorama que ya el interior visigodo viene registrando desde antes.

Lejos queda, en cualquier caso, la imagen de un comercio mediterráneo decadente y de temprana ruptura, que ha de ser sustituida por la de una activa transformación, la readaptación a toda una serie de factores mutados, que en suma, integran el tránsito de la Antigüedad al Medioevo.

7.1. LAS RELACIONES DE SPANIA CON LOS TERRITORIOS MEDITERRÁNEOS

7.1.1. Las relaciones con el norte de África

Independientemente de las relaciones establecidas en virtud del marco administrativo, lo cierto es que *Spania* y el vecino norte de África experimentan durante esta etapa fuertes contactos.

Aquí, en nuestro territorio, la *Renovatio Imperii*, más que significar un incremento lógico de las relaciones con Oriente, supone un fuerte estrechamiento de las ya existentes con el norte de África, hasta el punto de que, materialmente, conforme avanza el período, mientras las primeras se van desvaneciendo, las segundas ocuparon su lugar. Tanto es así que, al menos desde el punto de vista material, el proceso de «bizantinización», si en algún momento es factible hablar de éste para *Spania*, se vive aquí como una verdadera «africanización». Distintos aspectos materiales así lo prueban.

Elocuente es así, el depósito cerámico, con una vajilla de mesa prácticamente monopolizada por la producción en *Terra Sigillata Africana D*, que apenas deja una presencia testimonial para las vajillas finas orientales, *Late Roman C* y *Late Roman D*. Este predominio se torna, además, en verdadero monopolio, en el caso de piezas concretas como las lucernas, para las que las producciones orientales son prácticamente inexistentes. Menos neta es esta hegemonía, en cambio, por cuanto se refiere al abastecimiento anfórico, si bien éste también deja ver la fuerte relación no tan sólo de material cerámico, sino de su dimensión productiva, entre *Spania* y el vecino exarcado norteafricano. En efecto, algunos productos como el aceite, procederían casi

40 MURIALDO, 1995, p. 447.

41 De esta forma, la toma de Siria y Egipto por los árabes, no parece detener la comercialización de sus productos hacia Occidente, que se seguirán documentando profusamente en Roma, como vemos en yacimientos como *Crypta Balbi* (SAGUI, 1998, p. 305-330), o Marsella.

exclusivamente del norte de África. De esta forma, omnipresentes son los grandes contenedores cilíndricos Keay LXI y LXII, convertidos, junto a los pequeños *spatheia*, y como ha demostrado más recientemente la investigación, otros contenedores del tipo del ánfora similar al tipo Keay XXXII, en verdaderos fósiles directores para el período.

Otro tanto ocurre por cuanto se refiere al comportamiento monetario. También éste se encuentra marcado por una fuerte dependencia del norte de África, de tal forma que los *nummi* justinianos de la ceca de Cartago se localizan en casi todos los contextos del período, no tan solo del territorio bajo soberanía de los *milites*, sino también en el visigodo, y lo mismo cabe decir respecto a otros numerales, como los *folles*, también pertenecientes mayoritariamente a las cecas africanas, encabezadas por la de Cartago, pero igualmente representadas de forma ocasional por otras como la numídica *Constantia*. A este respecto, el abastecimiento norteafricano seguirá dándose incluso con posterioridad a la liquidación de la presencia imperial en el marco peninsular, como muestran hallazgos como el del *Portus Ilicitanus*, donde se pudo documentar un medio *follis* de Justiniano II, acuñado en Cartago. Precisamente, ese abastecimiento norteafricano también habrá de implicar una residualidad para el comportamiento monetario de *Spa- nia*, en tanto lleva parejo la puesta en circulación del numerario vándalo de las reconquistadas provincias norteafricanas.

Lo mismo podríamos señalar respecto a otras facetas, sea así el caso de la arquitectura militar, en donde también cuanto vamos conociendo remite a África, tanto en el diseño, como en el empleo de técnicas como el *opus africanum*, con la reutilización implícita, y otros factores técnicos como la disposición de tirantes. Y en fin, aún podríamos seguir ampliando el elenco de manifestaciones materiales influenciadas por el norte de África, sea así el caso de la musivaria, como iremos viendo.

En este sentido, todo ello es en parte explicable por la cercanía entre los dos ámbitos espaciales, separados, dentro de la concepción geográfica del momento, por un pequeño estrecho de poco más de «ochenta y cuatro estadios»⁴². Dicha concepción se puede ver en autores de la época, como Procopio (*Bell. Vand.*, I, 1), quien nos indica que el norte de África, al que se denomina genéricamente Libia, queda integrado dentro de Asia, el continente que, junto con Europa, forma la Tierra.

El mismo autor de Cesarea insiste en esa vecindad y las posibilidades del comercio directo entre Cartago y la Península Ibérica⁴³.

El contacto, por lo demás, se beneficia de la aplicación de algunos adelantos técnicos en la navegación, como la vela latina, que permitiría recortar el tiempo de viaje por una ruta con corriente adversa entre Sicilia y el Cabo Bon⁴⁴.

Igualmente, las relaciones también fueron de otro tipo. Así, ya durante los siglos V y VI se constata la afluencia de africanos católicos a las costas hispanas, primeramente debido a las persecuciones realizadas por los vándalos, mas posteriormente también por las mismas controver-

42 PROCOPIO, *Bell. Vand.*, I, 1, 7. Aunque el estadio es una medida de longitud que fluctúa según los autores y las épocas, se considera que en Procopio su valor aproximado es de unos 180 metros, lo que supondría una distancia de 14,9 km, bastante aproximada a los 13 km de distancia mínima que, a partir de *Iulia Traducta*, efectivamente separan las dos costas. Vid. FLORES RUBIO, 2000, n. 9, p. 57.

43 PROCOPIO, *Bell. Vand.*, I, 24, 11, «...pues un barco de carga que navegaba con fines comerciales, en el mismo día aquel en el que nuestro ejército entró en Cartago, se había hecho a la mar desde allí y, encontrando viento favorable, había llegado a Hispania».

44 CLAY, 1992, p. 356.

sias religiosas que acompañan a la *Renovatio* bizantina. La consideración de hereje que merece Justiniano por parte de las Iglesias occidentales, ante cuyos ojos aparece como promonofisita, pudo estar detrás del exilio de figuras y sus comunidades, como los abades Nancto y Donato, acogidos por Leovigildo, que así puede presentarse como garante de una estabilidad que no se encuentra en los territorios bajo soberanía imperial⁴⁵. En otro orden de cosas, este mismo grupo emigrado, habría de hacerlo con su biblioteca, fundando, según Ildefonso de Toledo, un monasterio en *Servitanum*, que habrá de alcanzar fama, y que acabará dependiendo del obispado cercavicense⁴⁶.

Con todo, con excepción de los casos mencionados, son escasos los testimonios literarios de viajes de África a *Spania*, restando alguno más, como la estancia obligada del obispo Víctor de Tununa en las Baleares⁴⁷.

Comoquiera que sea, lo cierto es que, en multitud de ámbitos habrá de notarse la influencia africana. En el vasto mundo de los influjos culturales⁴⁸, podemos destacar así la misma influencia ejercida sobre la onomástica, de tal forma que, personajes del área de Cartagena, como el mismo Isidoro, habrán de recibir un nombre de procedencia africana⁴⁹.

Los principales centros direccionales de la *Spania* bizantina, Cartagena y Málaga, de hecho mantenían una estrecha relación con el norte de África desde tiempo atrás, con lo que los vínculos que el período abre con la costa norteafricana, no habrían de percibirse como nada nuevo, sino tan sólo como un reforzamiento de lazos tradicionales, circunstancia que vuelve a insistir en la continuidad que reporta a *Spania* la experiencia imperial.

En el caso de la ciudad bética, aunque las fuentes se muestran parcas al respecto, el análisis del régimen de vientos muestra la conexión con la zona de Melilla, la costa de Al-Hoceima, y posiblemente también, la costa de Tetuán⁵⁰. En la misma línea, se ha señalado la existencia de una ruta comercial directa entre la ciudad y Cartago, ya operativa en la centuria anterior, y ahora sin duda, con una mayor circulación⁵¹. De forma coherente, la epigrafía prueba la presencia de africanos en Málaga⁵².

También muy estrecho es el nexo de Cartagena con la vecina costa norteafricana, gracias al régimen de vientos y corrientes, y a la indudable cercanía que, aún fuera de la temporada normal de navegación, permitiría una rápida comunicación. No en vano, se estima que desde la ciudad hispana se podría alcanzar un destino en la vecina costa norteafricana en apenas tres días. En el caso concreto de Cartago, se ha señalado que la relación tendría lugar ya desde época púnica, a través de dos itinerarios distintos, el de la isla de Ibiza en navegación directa de alta mar, o siguiendo la costa norteafricana hasta el Oranesado o Melilla, donde las naves ya se dirigirían

45 Postura previa a la rebelión de Hermenegildo, como señala VALLEJO GIRVÉS, 2002b, p. 93.

46 CAMERON, 1982, p. 37, n. 213; y VALLEJO GIRVÉS, 2004, p. 140.

47 VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 451, y 2004, p. 120.

48 FONTAINE, 1979, p. 3-52.

49 Como señala FONTAINE, p. 91-92, quien nos indica que se trata de un nombre teóforo pagano («regalo de Isis», la gran diosa egipcia), portado también por otros personajes de renombre, como el mártir cristiano Isidoro de Quíos, santo cuyo culto queda documentado epigráficamente en África a lo largo del siglo VI.

50 Existen así indicios de la relación de la *Malaca* romana, con las ciudades de Siga, Rusadir, *Septem*, Tingi, Lixus, o Sala, y ya en el interior, Tamuda o Tamusida. Vid. GOZALBES CRAVIOTO, 2001, p. 503-504 y 515, fig. 1.

51 TIA, 2001, p. 685 y 688.

52 En este caso, en el siglo IV, como recoge Vives, 1969, n° 139: orla de hiedra / *Aurelius Iu / lianus, na / tionem Affam, qui ui/xit ann. VI, / m. X, dies / XI manet / in Dei gloria* / orla de hiedra.

hacia el Norte. Precisamente, esta última ruta, explica una unión especialmente estrecha con la ciudad de *Cesarea* (Cherchel), que nos consta que era aún vital en el siglo III⁵³.

Estos tradicionales lazos también hacen que sea una constante la consideración de Cartagena como ciudad vuelta al norte de África, motivando que sea recurrente la mención de sus orígenes cartagineses⁵⁴.

Arqueológicamente, parece que la unión de Cartagena con África es aún más estrecha que la que entabla Málaga con la vecina costa y, sobre todo sólida desde la centuria anterior. Así, mientras que los contextos cerámicos malacitanos entre mediados del siglo V y mediados del siglo VI, muestran la presencia junto a las producciones de mesa norteafricana, de la LRC focea, la *sigillata* paleocristiana gris gálica, o la TS. Hispánica tardía⁵⁵; por el contrario, en el caso de Cartagena, dichas producciones parecen documentarse en muy inferior número al de los productos norteafricanos, que prácticamente monopolizan sus contextos.

En cualquier caso, esa mayor dependencia respecto a su abastecimiento, también parece ser la causa de otro fenómeno que caracteriza el Mediodía hispano, como es el agotamiento productivo. En tal proceso, el África bizantina pudo jugar un papel importante, en tanto que la revitalización del tejido productivo y comercial que favorece, le permite inundar los mercados occidentales, ocasionando el golpe definitivo a la mermada producción hispana, especialmente beticolusitana, como luego comentaremos.

En relación a esta problemática, en la valoración del proceso en el norte de África, han pesado las ideas de un «renacimiento bizantino», que hacía remarcar la desestructuración que había comportado el previo «impacto vándalo». Hoy día, no obstante, de la misma forma que se limitan las potencialidades del primero⁵⁶, también se moderan los supuestos efectos del segundo, de tal forma que, admitida una crisis y desorientación inicial, que se traduce en una flexión gradual, diferenciada según las mercancías, también se señala la pronta reorganización de la producción y del comercio⁵⁷. Así, por ejemplo, las producciones de salazones en las costas de Byzacena o Tripolitania, en auge ya desde el siglo III, superan la coyuntura, continuando activas hasta el siglo VII⁵⁸.

No obstante, admitiendo la necesidad de matizar las posturas tradicionales, lo cierto es que la circulación durante este período previo parece ser inferior, si atendemos a la documentación de *Terra Sigillata Africana* en otros puntos del Occidente⁵⁹. Así, al menos considerando este

53 Sobre todo ello, GOZALBES CRAVIOTO, 1999a, p. 25-30.

54 Isid, *Etym*, XV, 1,67, recogida junto al resto de menciones de las fuentes en las consideraciones de GOZALBES CRAVIOTO, 1999a, p. 25.

55 TIA, 2001, p. 681-698.

56 Así, PANELLA, 1993, p. 676, señala que el esfuerzo de reconstrucción que comportó la *renovatio imperii* en ámbito norteafricano, se limitó a dos o tres generaciones, produciéndose ya en el siglo VII, una caída progresiva.

57 Las teorías tradicionales sostenidas por autores como Lewis o Hayes, que consideraban el dominio vándalo como perjudicial tanto para el comercio intraoccidental como para el que desde Oriente se dirigía a tierras occidentales, atribuyendo a la ocupación bizantina de África, la reactivación de esa actividad. *Vid.* en este sentido, HAYES, 1972, p. 423 y 426; y 1980, p. 517 y 525, así como LEWIS, 1978, p. 487-490, ADELSON, 1957, p. 116-119, o CLAUDE, 1985, p. 260-262, si bien matizando este último el efecto de la ocupación bizantina. Igualmente, *vid.* TORTORELLA, 1986, p. 222.

58 BEN LAZREG *et alii*, 1995, p. 103-142.

59 Sea el caso así del estudio de FENTRESS y PERKINS, 1988, p. 205-214, que recogen los datos de Cesarea (Cherchel, Argelia), Valencia, Sperlonga, la región del *Ager Cosanus* (costa tirrénica italiana) y Monreale (Sicilia). Igualmente, *vid.* ZANINI, 1996, p. 677. Por otra parte, DELOGU, 1994, p. 9, señala la necesidad de considerar también otros aspectos, como la misma competencia de nuevas producciones regionales y locales.

material, la conquista justiniana, sí se traduce en un estrechamiento de las relaciones con la *Spania* bizantina.

También para este aspecto, como dijimos, la presencia bizantina vuelve a mostrarnos su capacidad para asegurar la continuidad.

7.1.1.1. *Las relaciones con Egipto*

Durante el período, Egipto ocupa un lugar importante en los contextos materiales mediterráneos. La influencia de la cerámica o la toreútica copta es así una constante en los distintos ámbitos comprendidos dentro de la *Renovatio Imperii* justiniana. En el caso de Italia, hay así una elevada presencia de bronceos considerados coptos, una parte de los cuales debió realizarse, sin embargo, en la misma Italia, a imitación de los modelos egipcios⁶⁰.

A este respecto, también para el caso de España, se propone una manufactura local para la lucerna de San Pablo de Buceite, considerada igualmente de influencia copta, como más tarde veremos. Comoquiera que sea, no obstante, son patentes las diferencias entre la Italia y la *Spania* bizantina por cuanto se refiere a la relación con Egipto. Así, para la toreútica copta, allí predominan las formas de vajilla de lujo, realizadas en lámina martilleada, y documentadas en sepulturas longobardas, con un radio de presencia que cubre el norte de Italia, centro y también Cerdeña, algo que, por ahora, no tiene correspondencia en el panorama hispano. Igualmente, en el caso de los Abruzzos, bajo soberanía imperial, esa influencia copta se hace sentir de forma especialmente intensa, y así, fruto de ella, es la manufactura de la denominada cerámica tipo Crecchio, que comprende jarras de una y dos asas, caracterizadas por su decoración geométrica y fitomorfa⁶¹. En este aspecto, también la *Spania* bizantina parece encontrarse lejos de Italia. En efecto, en el depósito cerámico apenas inciden las producciones egipcias, salvando algún caso aislado, como el de una factoría de salazones de *Iulia Traducta*, en cuyo contexto de abandono, datado con anterioridad a la presencia bizantina en el marco peninsular, concretamente a inicios del siglo VI, se señala la presencia de ánforas de probable importación egipcia⁶². En cualquier caso, lo cierto es que el contenedor anfórico de origen egipcio más difundido, la LRA 7, parece apenas documentarse en la Península Ibérica⁶³, a diferencia de lo que ocurre en Italia, donde sí se da en contextos como el de *Crypta Balbi* o el del *castrum* de San Antonino di Perti, en Liguria.

Esta práctica ausencia se une a la escasez con la que se documenta otro de los recipientes de origen egipcio que recorren el Mediterráneo, las *ampullae* de San Menas, no registradas en la zona imperial más que con un ejemplar de *Pollentia*, e igualmente sólo de forma mínima —un ejemplar procedente de Empúries—, en la zona visigoda. No obstante, en este caso, lo cierto es que su difusión parece ser restringida, si observamos su ausencia en contextos importantes del período, como la misma *Crypta Balbi*, donde los únicos recipientes documentados con función similar, son al igual que *Hispania*, los LRU.

60 STAFFA y PELLEGRINI, 1993.

61 STAFFA y PELLEGRINI, 1993, p. 45-48.

62 BERNAL CASASOLA *et alii*, 2003, p. 177.

63 Como después comentaremos, sólo tenemos noticia de su documentación en *Tarraco*, en concreto en su zona portuaria, donde se da el predominio de las ánforas orientales, a diferencia de lo que ocurre en los contextos de la parte alta de la ciudad, datados en pleno siglo VI, y donde, por el contrario, domina el componente africano.

Cerrando los materiales cerámicos, también cabe señalar la escasa incidencia que presenta la *sigillata* egipcia en nuestro suelo, apareciendo tan sólo esporádicamente durante los siglos V y VI, como veremos posteriormente en el apartado dedicado a las producciones cerámicas, en lugares como Cartagena o Mataró.

Por lo demás, algún material más documentado en *Spania*, puede tener también procedencia egipcia, sea así el caso del incensario de Almería, que se une a otro ejemplar hallado en este caso en la zona visigoda, el de Lladó.

Dado este estado de cosas, muy débiles parecen ser las relaciones entre la Península Ibérica, y Egipto durante la etapa bizantina, al menos por cuanto deja ver la documentación material. Tengamos en cuenta así, que a los testimonios citados apenas habríamos de unir alguno más, como las lámparas cerámicas recientemente recuperadas en *Edeta* que, como vimos, se datan en el siglo VI; o la placa de marfil de Valdetorres, en este caso, con una clara datación previa, situable entre finales del siglo IV y principios del siglo V.

En el mismo sentido, tampoco la documentación textual o epigráfica permite ver otros contactos entre estos territorios durante nuestra etapa. A este respecto, sólo podemos destacar dos testimonios de esta última índole, alusivos, no obstante, no ya a la relación de la *Spania* bizantina con Egipto, sino por el contrario, a la de esta zona oriental con la *Hispania* visigoda. En concreto, se trata de dos evidencias procedentes de *Tarraco*, la mesa de altar en la que se cita al alejandrino Esteban, así como la lápida descubierta en la necrópolis del Francolí, de la «*beata et virgo*» Tecla. Se trata de contactos que tienen lugar ya en el siglo VII, en un momento en el que las invasiones persas o árabes, así como las violentas polémicas cristológicas en el Oriente del Imperio, hacen llegar a Occidente, muchos habitantes de aquella parte.

Comoquiera que sea, la ausencia o debilidad de relaciones de la *Spania* bizantina con Egipto, es otro de los rasgos que la singularizan frente al comportamiento de otros ámbitos comprendidos en la *Renovatio Imperii*, como la citada Italia, donde esos contactos parecen haber sido estrechos, especialmente en el caso de regiones como los Abruzzos.

7.1.2. Las relaciones con Oriente

La presencia de los *milites* en *Spania* debió favorecer los contactos con Oriente, de hecho, al igual que sucedía ya con el norte de África, previamente existentes, y ahora tan sólo estrechados un poco más. En cualquier caso, como ya hemos dicho, qué duda cabe que las relaciones distan de ser tan intensas como las mantenidas con la vecina costa norteafricana, no en vano, tan presentes en la realidad cotidiana de la *Spania* bizantina, que incluso nos han llevado a hablar de una cierta «africanización».

Comoquiera que sea, ya desde finales del siglo IV las fuentes testimonian una serie de viajes y cartas que muestran estos flujos, sea el caso de la correspondencia de Jerónimo desde Palestina, con hispanos como Luciano, o los viajes de Avito de Braga y la monja Egeria⁶⁴.

Estos flujos habrían de incrementarse a lo largo del siglo V y principios del siglo VI, momento en el que llegan a Occidente exiliados orientales huidos por motivos religiosos. En el caso concreto de *Hispania*, tenemos constancia de este movimiento, a través de una referencia en una carta del papa Hormisdas, a principios del siglo VI, estando motivado probablemente

64 BLÁZQUEZ, 1988, p. 177-186.

por los cismas en la Iglesia oriental —fórmula acaciana y monofisismo—, y las parejas persecuciones y exilios⁶⁵.

Lo cierto es que la naturaleza de estos movimientos suele aparecer ligada a religión y comercio, como dejan ver las fuentes al menos ya desde el siglo V, como Hidacio, que nos da cuenta de los contactos establecidos ya en esas fechas con el Valle del Guadalquivir, o de ese movimiento de personas vinculadas a la religión⁶⁶.

Durante la etapa bizantina, la naturaleza de las relaciones se diversifica, y así motivos diplomáticos son los que llevan a Leandro a la capital oriental, en donde también habrá de acabar sus días Liciniano, por alguna cuestión que afectaría a la administración. En la misma línea, para estos momentos debemos destacar los viajes a Constantinopla de Amelio, o Juan de Biclario⁶⁷.

Para el siglo VII, las *Vidas de los Santos Padres Emeritenses* siguen documentando la presencia de religiosos orientales o, igualmente, de *negotiatores graecos*, en la ciudad de Mérida⁶⁸.

En modo alguno, por lo demás, este movimiento se limita a *Hispania*, sino que se inserta en una más amplia presencia en Occidente, referida también por autores como Gregorio de Tours, poniendo de nuevo de manifiesto que se trata de gentes vinculadas al comercio y a la religión, cuando no a ambas cosas a la vez⁶⁹.

Lo cierto es que los citados flujos, que supusieron también el conocimiento de algunas herejías, fueron bidireccionales, y de esta forma también se documentan las relaciones de hispanos con las costas del Levante, ciñéndose en este caso a contactos de tipo religioso, muy especialmente vinculados al deseo de peregrinar a los lugares de Tierra Santa⁷⁰.

Si, como hemos visto, prolifera la información textual acerca de estas comunicaciones, no falta tampoco la documentación material. Uno de los indicios es así la epigrafía, que ha deparado tanto inscripciones pétreas, como también toda otra serie de evidencias del tipo de los grafitos

65 Vid. en este sentido, VALLEJO GIRVÉS, 2002b, p. 81, así como, en lo relativo a este trasiego de gentes, *Idem*, 2002a, p. 155-170.

66 Respectivamente, Hidacio, *Chron.* 177, ad a.456: «Llegaron a Sevilla navíos procedentes de Oriente y anunciaron que el ejército de Marciano había derrotado a los lazés»; e Hidacio, *Chron.* 105, ad a. 435, «Supimos por el relato de Germán, presbítero de Arabia y por otros griegos, que Juvenal era obispo de Jerusalén».

67 Sobre todos ellos, *vid.* VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 448.

68 Así *Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium*, IV, 1, 1: «Se comentaba, a menudo, que un santo hombre llamado Pablo, griego de origen y médico de profesión, llegó desde las tierras de Oriente a la ciudad de Mérida»; y *Vitas Sanctorum Patrum Emeritensium*, IV,3, 2: «...Sucedió un día que algunos comerciantes griegos, procedentes de esa misma región de la que él procedía, llegaron en sus barcos desde Oriente y desembarcaron en Hispania».

69 Greg. De Tours, *HF*, X,24, «Un obispo de países del otro lado del mar, llamado Simón, llega a la villa de Tours, y anuncia la destrucción de la villa de Antioquía, y que él mismo había estado preso en la Armenia Persa. En efecto, el rey persa había invadido. Huyendo de esas regiones, llegó a la Galia, para encontrar consuelo entre las almas piadosas»; y Gregorio de Tours, *Hist.* X, 26, «...murió Ragnemudo, obispo de la ciudad de París...un cierto Eusebio, comerciante de origen sirio, que había hecho numerosos donativos, fue elegido en su lugar».

70 Elocuciones de todo ello son los siguientes testimonios. Así, II Concilio de Sevilla, a. 619, c.XII, «En la duodécima sesión se presentó ante nosotros cierto sirio de la herejía de los acéfalos que afirmaba ser obispo y que negaba la existencia de dos naturalezas en Cristo y afirmaba que la deidad podía padecer.»; Ildefonso de Toledo, *De Viris Illustribus*, XIII, «[Eugenio II] Escribió un pequeño tratado sobre la Santísima Trinidad de estilo claro y transparente por la verdad del contenido; hubiera podido ser enviado rápidamente a las zonas de Libia y Oriente, si los mares embravecidos por las tormentas no hubiesen hecho diferir el viaje, inseguro para los aterrorizados viajeros»; y *Vita Fructuosi*, XVII, «...Prendió en su pecho el ardor de un santo deseo, dirigirse al Oriente para realizar una nueva peregrinación...se buscó una nave con medio de transporte embarcando en la cual con todo sigilo pasar a Oriente...».

presentes en la basílica menorquina de Fornells. Tales testimonios dejan ver como la presencia oriental se reparte por toda la costa hispana y aun por otros puntos interiores, habiendo llevado a hablar de colonias de comerciantes orientales⁷¹.

Con todo, como ya hemos visto a propósito de los textos, conviene matizar que si bien parte importante de esa población estaría dedicada al comercio, igualmente lo habría de estar a la religión, como igualmente a otros menesteres que no nos son documentados. En este sentido, qué duda cabe que la organización de la provincia bizantina hispana, por más que aparezca vinculada sobre todo al vecino norte de África, también tuvo que implicar la llegada de burócratas o soldados de origen oriental. Para este último caso, resulta así significativo el hallazgo en Cartagena de una coraza laminar, que parece especialmente característica del ejército oriental, portada sobre todo por unidades como los *cataphractarii*.

Comoquiera que sea, a tenor de esa misma documentación epigráfica, si bien parece posible afirmar que la presencia bizantina en el Mediodía peninsular favoreció la llegada de orientales, queda claro que *Spania* no sería la única beneficiaria, sino antes bien, también el mismo territorio visigodo, y aún quizás con más intensidad. Debemos tener presente que tal llegada aparece probada en ciudades como Tarragona, y muy especialmente en Mérida, ciudad que, con diferencia, a juzgar por el conjunto lapidario conservado⁷², contó con la comunidad oriental más nutrida. Así, aun cuando las evidencias cuantitativas no son fiables, en tanto tan solo pueden esconder problemas de registro, parece ilustrativo contrastar las dieciocho inscripciones en griego de la ciudad lusitana, con las tan solo tres de la capital bizantina hispana, *Carthago Spartaria*.

Aparte de la epigrafía, también hay otras manifestaciones materiales que muestran la citada presencia, sea el caso así de la cerámica o la numismática. Precisamente ambas, en cualquier caso, dejan ver su carácter minoritario frente a un aplastante predominio africano.

Por cuanto se refiere a la cerámica, ilustrativo es así el caso de la vajilla, donde las producciones finas orientales *Late Roman C o D*, se encuentran arrinconadas frente a la omnipresente TSA-D, y otro tanto cabe decir respecto a las ánforas, donde el tráfico de los contenedores egeos, palestinos o microasiáticos parece que también se situó a distancia del de los africanos, con sus frecuentes *spatheia* y ánforas cilíndricas Keay LXI y LXII. No obstante, en el caso de estos grandes contenedores, para estas comparaciones no hay que perder de vista que la abultada diferencia de fragmentos de una y otra procedencia que muestran los depósitos cerámicos, también ha de ser corregida, considerando la marcada diferencia dimensional que hay entre los recipientes manufacturados en cada uno de estos ámbitos.

En otro orden de cosas, mientras que el abastecimiento africano se produce en cantidades casi industriales, las producciones orientales parecen ser más selectas, como el vino de Gaza, de renombrada fama.

Comoquiera que sea, se trata de un predominio africano que deviene en práctico monopolio cuando nos referimos a otro tipo de envases como las lucernas. No obstante, nunca llegan a anular una presencia oriental, también materializada en otra serie de recipientes como los LRU que, si bien no faltan en contextos visigodos, parecen ser de modo muy especial, característicos de la zona bizantina. Igualmente, también hubo cierto hueco para las producciones de cocina, que sí alcanzan, más que los LRU, los territorios visigodos.

71 GARCÍA MORENO, 1972, p. 127-154.

72 Respectivamente, MACIAS, 1999, p. 382-383; y RAMÍREZ SÁDABA y MATEOS, 2000, nº 178-196; y DE HOZ, 2007.

En cualquier caso, a pesar de esa modestia en la que parecen moverse las producciones orientales, lo cierto es que también implicaron influencias en el sector productivo. De esta forma, de igual modo que en el caso de África el abandono de los contenedores cilíndricos y su sustitución por los globulares de fondo umbilicado, parece estar inspirada en el módulo de las ánforas orientales, también una de las pocas producciones que se pueden individualizar en la zona bizantina hispana, las ánforas probablemente manufacturadas en Cartagena o su entorno, también parecen seguir de cerca no ya modelos africanos, sino en concreto el tipo oriental LRA1/Keay LIII.

La numismática también revela un comportamiento muy similar, de tal forma que, hecha excepción de algunos ejemplares pertenecientes a cecas orientales, muy especialmente Constantinopla y en menor medida Nicomedia, Cyzico, Antioquía o Alejandría, la mayoría del numerario documentado en territorio hispano corresponde a acuñaciones norteafricanas. No obstante, de nuevo, como señalábamos respecto a la cerámica, también la toma de iniciativas propias se encuentra influida por el factor oriental. En este caso hemos de considerar así la acuñación local cartagenera, que aparece marcada con un numeral griego, con el mismo valor del numerario acuñado por otra ceca oriental, Tesalónica.

También en íntima unión con este tipo de materiales, hemos de citar la difusión de ponderales, al igual que ocurre con la cerámica o la moneda, especialmente presentes en la zona bizantina hispana, pero igualmente en otros lugares que escaparon a la soberanía de los *milites*, como el Valle del Guadalquivir.

No faltan, por lo demás, objetos de presencia más reducida, pero de alto valor económico, que pueden datarse en este período. Se trata de las mesas polilobuladas, de las que hallamos varios ejemplares en la Península, dos en el Valle del Vinalopó, y quizá seis, en el Valle del Guadalquivir⁷³

En la comercialización de toda esta serie de materiales cabe ver la actuación de *negotiatores graecos*. En este sentido, su presencia debió ser tan importante cualitativamente, que el *Liber Iudiciorum* de Recesvinto, dedica un título a los comerciantes orientales, *De transmarinis negotiatoribus* (LV, XI.3)⁷⁴.

Algunos productos deben comercializarse por los Γαλλοδροφοι o los Επανοδροφοι citados por las fuentes bizantinas, armadores, principalmente de Alejandría, que llevaban productos orientales a diversos puntos del occidente, concretamente hacia la *Galia y/o Hispania*, y que si bien no efectuaban una navegación estrictamente de cabotaje, sí que recalaban en los puntos más importantes de la travesía⁷⁵. De hecho, quizás algunos de los grafitos griegos presentes en las paredes del baptisterio de Es Cap des Port, podrían corresponder a algunos de los *negotiatores graecos in nauibus orientibus* que atracaban en *Hispania* hacia el año 570⁷⁶. No en vano, dentro de la *Spania* bizantina, las Baleares mantienen una relación más estrecha con Oriente, como muestra la difusión del culto a Santa Eufemia de Calcedonia⁷⁷.

73 Vid. MÁRQUEZ VILLORA, 2000, p. 519-527. En el apartado dedicado a los materiales pétreos, insistimos en estos materiales. El autor incluye para el valle del Guadalquivir, dos piezas, a las que habría que sumar otras cuatro procedentes de la basílica de La Encarnación. Respecto a estas últimas, se han considerado ejemplares individuales, por más que stán representados por cuatro fragmentos. En este sentido, se ha señalado que esta supuesta abundancia podría explicarse por el carácter de este punto como centro redistribuidor (GARCÍA VARGAS y VÁZQUEZ PAZ, e.p.)

74 ORLANDIS, 1975, p. 138, 142-150.

75 Así, BRÉHIER, 1950, p. 195ss.; y ROUGÉ, 1978, p. 57-124.

76 GARCÍA DE VALDEAVELLANO, p. 216, citado por VILELLA MASANA, 1988, p. 54.

77 AMENGUAL I BATLLE, 1992, p. 8.

Con todo, no hay que pasar por alto los inconvenientes a los que debían enfrentarse estas relaciones. En efecto, Cosme Indicopleusta señala que la distancia entre el gran puerto oriental de Alejandría y el punto más occidental de las posesiones justinianeas en el Estrecho de Gibraltar, suponían 150 días de viaje⁷⁸.

Por otra parte, también hay que tener en cuenta que en los principales centros direccionales como Cartagena y Málaga, esta presencia oriental no resulta nueva, sino que, al igual que ocurre con la relación con la vecina costa norteafricana, se trata tan sólo del estrechamiento de unos lazos tradicionales que arrancan ya de antiguo. En el caso de Málaga, tenemos así constatada la presencia de comerciantes orientales ya desde época altoimperial, concretamente desde el siglo II⁷⁹. Lo mismo podemos decir respecto a Cartagena, que incluso contaba con un templo dedicado a la diosa siria Atargatis.

Más complejo es hablar de las influencias registradas desde el punto de vista artístico en la arquitectura, la escultura o la musivaria. En estos campos, ese influjo oriental, propiamente bizantino, se produciría sobre todo tardíamente, ya en el siglo VII, en el momento en el que ya se han liquidado las últimas posesiones imperiales en el marco peninsular.

Comoquiera que sea, lo cierto es que el flujo continúa hasta época avanzada. Así, tras la misma caída de Jerusalén, tomada por Cosroes en el 614, las fuentes testimonian la llegada a la *Hispania* goda, de refugiados del Oriente bizantino que, no obstante, y ésta es otra de las diferencias entre la *Spania* bizantina e Italia y África, habrían de hacerlo en menor número que a los citados ámbitos⁸⁰.

Insistiendo en ello, aun superados los límites cronológicos de la presencia bizantina en la Península, se siguió manteniendo una relación con los territorios orientales. En ésta, se inscribe así, la presencia de personajes de origen griego, como el obispo asidonense *Pimenius*⁸¹.

7.1.2.1. La población judía

Dentro de esos contactos con Oriente, un lugar especial ocupa la población judía, constatada durante todo este período en nuestro suelo⁸².

En este sentido, hay que destacar ya la pujanza de los judíos en el África cristiana⁸³. Igualmente, también sabemos que su presencia fue nutrida en Menorca, como nos informa el obispo Severo en 418, quien, a propósito de la milagrosa conversión de los judíos de *Magona*, que denomina «*parvum oppidum*», señala que dicha comunidad se integraba por 540 personas⁸⁴.

En época previa al desembarco justiniano en el sur peninsular, como consecuencia de la conquista de África y de la aplicación de la *Novella* XXXVII, fechada en 535, en la que el emperador prohibía en esa provincia la práctica del culto pagano, donatista, hebreo y arriano, se piensa que numerosos judíos africanos habrían de llegar a la *Hispania* visigoda, habida cuenta de la tolerancia en aquel momento de los monarcas arrianos⁸⁵.

78 Cosm. Ind., II, 47 (ed. Wolska-Conus, 1, 355), recogido por GARCÍA MORENO, 1993b, p. 96.

79 CIL II, 251, recogido por GARCÍA MORENO, 2001a, p. 677.

80 GARCÍA MORENO, 1996a, p. 106; y VALLEJO GIRVÉS, 2004, p. 153.

81 Promotor de una intensa actividad edilicia, *vid.* VIVES, 1969, n° 304-306 y 309.

82 Acerca de ésta, *vid.* SHARF, 1971; GIL, 1977; GARCÍA IGLESIAS, 1978; ORLANDIS, 1978; ALBERT, 1982, p. 289-316; y CAMERON, 1996, p. 249-274. Sobre las medidas que la legislación justiniana dicta hacia los seguidores, *vid.* GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 1997a, p. 74-81.

83 AGUSTÍN, *De civitate Dei*, XXII, 8.

84 SEGUÍ VIDAL, 1937; y DEMOUGEOT, 1982, p. 13-34.

85 VALLEJO GIRVÉS, 2004, p. 138.

Por cuanto se refiere propiamente a nuestra etapa, desde el principio, el posicionamiento imperial no fue favorable. Así, reconquistada África, se ordenará que todas las sinagogas hebraicas se conviertan en iglesias, aunque parece ser que se trata de una medida local y temporal, manteniéndose la tolerancia hacia el culto hebraico, y sólo actuando con rigor contra los samaritanos⁸⁶.

En la misma *Spania* bizantina, se experimentan los temores acerca de prácticas «judaizantes», como deja ver la célebre carta del obispo de Cartagena, Liciniano, al de Ibiza, Vicente, tratando la polémica acerca del descanso dominical⁸⁷. No en vano, en las islas, como hemos visto, la población judía era numerosa. Así, también materialmente, dicha presencia puede probarse a través de diversos hallazgos, como el lote de plomos con epígrafe hebraico funerarios en Ses Fontanelles, de Santa María del Camí, en las cercanías de la basílica de Cas Freres. En este caso, se trata de tres piezas con texto idéntico que, depositadas en contexto funerario, se han datado entre los siglos IV y V⁸⁸.

Más tardío es, en cambio, otro testimonio material considerado tradicionalmente como indicativo de la presencia judía en el Mediodía hispánico, la placa de Orihuela, que ha sido datada en la última parte del siglo VI o en el siglo VII. Con todo, como ya tuvimos ocasión de comentar, nuevos estudios cuestionan la naturaleza judaica de esta placa, considerando que lo que se tuvo por *menorah*, bien pudo ser un simple crismón.

Lo cierto es que son muy escasos los restos judíos en la zona bizantina hispana. Sin embargo, no debemos deducir un escaso peso para la población judía, pues, incluso centros neurálgicos de ésta, como la misma Cartagena, debieron contar con ella. En este sentido, a pesar de que la ciudad surestina no depara para el momento ningún indicio material, debemos recordar que cuenta con epígrafes que demuestran la presencia ya en época temprana, citando el nombre semítico de Marta, cognomen de una liberta⁸⁹.

Comoquiera que sea, a principios del siglo VII la situación empeoró para la comunidad. Así, de la misma forma que en la *Hispania* visigoda se ve hostigada por las medidas antijudaicas de Sisebuto, en el mismo Imperio, especialmente tras la conquista persa de Jerusalén en 614, cunden las corrientes milenaristas y apocalípticas, motivando la política represiva de Heraclio⁹⁰.

Hay que destacar que la Ley de Sisebuto del 612, señala la existencia de una importante judería en *Barbi*⁹¹, centro estratégico en la comunicación entre Málaga y el interior bético. Dicha comunidad, junto a aquellas otras establecidas en varias localidades del Valle del Guadalquivir, situadas entre La Guardia y Aguilar de la Frontera, tendrían su razón de ser, a decir de algunos autores, en la floreciente actividad comercial que había sido impulsada por los bizantinos⁹².

86 SAITTA, 1982, p. 370.

87 El objeto de dicha carta es la respuesta a un escrito inspirado o llovido desde el cielo, que pretendía una observancia del domingo al estilo de la observancia judía del sábado, con descanso total, incluyendo la prohibición del trabajo doméstico o de los viajes. En este sentido, *vid.* los comentarios de GARCÍA IGLESIAS, 1978, p. 99-101; así como GONZÁLEZ SALINERO, 2000, p. 605-608.

88 GARCÍA IGLESIAS, 1978, p. 57, recogiendo la datación de MILLÁS, 1958. En la misma dirección, VENY, 1965, nº 12, p. 23-24, para quien la traducción sería: «*Samuel, hijo de R. Haggay*».

89 Se trata de las inscripciones CIL II 5935, 3483 y 3507, sobre las que llama la atención GARCÍA IGLESIAS, 1978, p. 54, 63, y 175.

90 DAGRON, 1991b.

91 *Liber Iudicum* (LV) XII, 2.13, recogido por GARCÍA MORENO, 2001a, p. 672.

92 GARCÍA MORENO, 2001a, p. 672

A este respecto, se ha señalado también que, esta política antijudía de especial aplicación en la alta Andalucía, en zonas de importancia estratégica frente a las posesiones bizantinas, pudo tener como finalidad el intento de impresionar a los católicos de la provincia bizantina, para mostrar que los visigodos guardaban celosamente el cristianismo, atacado por aquel tiempo en el Oriente, por los judíos⁹³.

7.1.3. Las relaciones con Italia

En este caso, los datos de las relaciones de la zona bizantina hispana con Italia son contradictorios, de tal forma que, si no falta información textual para probar que existen con cierta fluidez, por ahora no alcanzan plena correspondencia por cuanto se refiere a la documentación material. En este sentido, el contenedor más representativo de la producción itálica para estos momentos tardíos, el ánfora Keay LII, apenas se registra en *Hispania*.

Una de las rutas de contacto entre *Spania* e Italia vendría dada por el arco ligur. En efecto, el hecho de que el panorama ceramológico del Mediodía francés costero y la región ligur sean tan similares, lleva a pensar que Liguria hubo de ocupar un papel importante en la gestión de la red distributiva y comercial bizantina hacia el Mediterráneo occidental. No en vano, el mismo Procopio señala el papel de Génova como buen punto de atraque hacia *Galia* e *Hispania* (*De Bellis*, VI, XII, 29-30). De forma coherente, también la reducción de las importaciones en los mercados de la *Galia* meridional alrededor de la segunda mitad del siglo VII, podría tener su razón de ser, entre otras cosas, en el fin del control bizantino de los puertos de Liguria⁹⁴.

Con todo, las relaciones con el área imperial hispana tendrían lugar preferentemente a través de las Baleares, cuya unión, por otra parte, con la mencionada área tirrénica septentrional, puede probarse materialmente. Es el caso así de las ánforas ibéricas Keay LXX-LXXIX, que se registran en lugares como San Antonino di Perti, Caverne delle Arene Candide, Luni o Genova, donde, sin embargo, se dan en escaso número, apoyando su interpretación como contenedores de una sustancia preciada. Precisamente por ello, también se ha señalado el papel de la Península Ibérica en la ruta «de retorno» hacia el Mediterráneo central, una vez que a través de éste, ya antes, llegan las mercancías de la Tunicia y del Mediterráneo oriental⁹⁵.

En cualquier caso, salvando esa comercialización de las ánforas baleáricas, mínimos son los datos materiales acerca de las relaciones entre la *Spania* y la Italia bizantina. Así, siguiendo la incidencia prácticamente nula en el depósito cerámico, tampoco en el plano numismático las relaciones parecen haber sido más estrechas. Tengamos en cuenta que son mínimos los ejemplares de ceca italiana, en un panorama, como hemos dicho, dominado por las acuñaciones africanas. Así, en el momento de mayor extensión de los dominios imperiales hispanos, cuando éstos incluyen también el Mediodía peninsular, sólo encontramos un medio *folles* procedente de Roma, acuñado durante el reinado de Tiberio Constantino (578-582). Hemos de esperar, en cambio, al último momento de la ocupación bizantina, a cuando ésta se reduce poco más que a las Baleares, para que llegue algún nuevo ejemplar de la ceca de Roma, o también otros de Siracusa, como vemos en Menorca, donde, no obstante, no se registran acuñaciones de *Sardinia*, Catania, *Neapolis* o Rávena, en éste último caso sólo presente a través de un *decanumium* de época de Atalarico (525-534).

93 GARCÍA MORENO, 1996a, p. 107.

94 ZANINI, 1998, p. 303.

95 MURIALDO, 2001b, p. 304-305.

En otro orden de cosas, no sabemos si la documentación en Cartagena de un cuerno de vidrio similar a los que durante estos momentos se producen en talleres italianos del tipo de *Crypta Balbi*, o se localizan en otras áreas bizantinas y lombardas de Italia, puede indicar una relación con ese ámbito, o ha de interpretarse de otra forma.

Igualmente, también se ha señalado la posible procedencia italiana, y en concreto, siciliana, del incensario mallorquín de Aubenya.

Por lo demás, como ya hemos dicho, sí hay testimonios escritos acerca de una frecuente relación Italia-*Spania*, a tenor de los cuales parece que dicha relación fue sobre todo de tipo eclesiástico⁹⁶.

Así, existen diez cartas conocidas de Gregorio Magno dirigidas a este territorio. De éstas, seis se destinan al Reino Visigodo, y cuatro a la zona imperial, estas últimas entregadas simultáneamente al *defensor* Juan en el 603. En este sentido, sabemos de la estrecha unión de Gregorio Magno con *Hispania*, patente en hechos como el envío del pontífice a Leandro, a través del presbítero Probino, de una carta acompañada de la *Regula Pastoralis* y parte de los *Moralia in Job*⁹⁷. Igualmente, también probablemente se debe al mencionado presbítero, cuyo viaje parece guardar relación con los conflictos entre Gregorio y las autoridades bizantinas hispanas a causa de las deposiciones de Jenaro y Esteban, la llegada a Liciniano de esa *Regula Pastoralis*.

Más controvertidas son, en cambio, las noticias sobre súbditos imperiales desterrados a territorio hispano por orden del pontífice. A este respecto, se considera que la referencia de la *Vita Gregorii Agrigentini* de Leoncio el Presbítero, acerca del destierro de Crescentino, diácono de la siciliana Agrigento, o las noticias del confinamiento de otros laicos de esa misma sede episcopal «a la tierra de los vascones», no son ciertas⁹⁸.

Por otra parte, parece ser que, al menos en un caso, también contamos con documentación epigráfica para probar estas relaciones. De este modo, se ha apuntado la posibilidad que la inscripción funeraria de «*Bassus pbs s.e. ecclesie romana*», documentada en la basílica mallorquina de Son Peretó, corresponda al «*Bassus presbyter tituli sancti Pudentius*» que aparece en un decreto de un sínodo del 595, y que estaría en las islas con motivo de algún asunto eclesiástico, actuando así de enviado pontifical⁹⁹.

Aunque dicho testimonio se presta a la controversia, no falta algún otro que, tampoco con total certeza, se puede añadir a esta documentación. Es el caso así del epígrafe griego de Villaricos en el que luego nos detendremos, para el que alguna forma gramatical hace sospechar su relación con ambientes de Italia meridional.

Existen otros datos acerca de la presencia de italianos en la zona bizantina hispana. Sabemos así del envío de un mensaje al Papa Gregorio Magno, remitido a través de un napolitano que se encontraba en la zona bizantina (Greg. Magno, *Epist.* IX, 229). En el lado opuesto, en el de la presencia de hispanos en Italia, también tenemos el testimonio del Papa Gregorio, quien en sus *Dialogi* (III, 3, 1), nos habla de numerosos viajeros venidos de *Hispania*.

En esta relación de tipo religioso, debemos insertar la posible llegada de reliquias. Así, se ha destacado que las del mártir Vidal depositadas en *Dianium*, probablemente podrían proceder de Rávena, de donde habrían sido traídas durante la estancia de los *milites* en *Spania*. En esta

96 Como así ha destacado VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 452-453.

97 VILELLA, 1991, p. 167-186.

98 VALLEJO GIRVÉS, 2004, p. 120-123.

99 Con todo, la cronología se presta a controversia, de tal forma que quizás no sea factible esa identificación. En este sentido, recogiendo las distintas propuestas, *vid.* VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 424, nota 177.

misma línea, podemos indicar la veneración de Santa Águeda de Catania en las Baleares¹⁰⁰, no en vano, como hemos visto, ya de antiguo punto intermedio en la comunicación entre la Península e Italia, a través de Cartagena, controlando también la comunicación con África¹⁰¹.

Se ha señalado que la influencia pudo ser también cultural, y así, se ha planteado la posibilidad de que algunas obras de Casiodoro llegaran a *Hispania* a través del puerto de Cartagena¹⁰².

Nosotros, por nuestra parte, creemos que el carácter de esta presencia tuvo que ser mucho más heterogéneo, incluyendo otros grupos poblacionales vinculados al ejército, comercio, etc., en cualquier caso, nunca eclipsando las privilegiadas relaciones entre *Spania* y África.

7.2. EL PROBLEMA DE LA PRODUCCIÓN

Mientras que la documentación material prueba activamente los intercambios comerciales o la distribución de distintas mercancías importadas durante la etapa bizantina, muy poco es, en cambio, lo que conocemos acerca de la actividad productiva, sea del tipo que fuere.

De este modo, se han podido excavar estructuras domésticas, religiosas, defensivas, u otras vinculadas a la infraestructura portuaria, pero no sabemos prácticamente nada acerca de talleres o factorías, ya cerámicas, vítreas, metalúrgicas, etc. Se trata de una penuria que también se puede extender al territorio visigodo, donde tan solo muy recientemente, se están empezando a conocer este tipo de instalaciones, sea así el caso, por ejemplo, de las que en la ciudad de Recópolis estaban destinadas a la producción de vidrio, que son un buen ejemplo de lo que puede ir deparando la arqueología¹⁰³.

No obstante, el problema no acaba aquí, sino que más allá del conocimiento de los espacios donde se desarrollan estas actividades, cabe preguntarse por la existencia de estas mismas. En este sentido, el registro material muestra una drástica reducción de las mercancías de producción hispana de todo tipo, que se suple con una activa importación desde otras regiones del mundo mediterráneo. Indudablemente, nos encontramos ante un fenómeno de gran amplitud, que muestra un cambio general en el funcionamiento de las relaciones económicas, cuyas repercusiones son, además, variadas, tanto sociales, como relativas al cambio del tipo de poblamiento, de los lazos entre ciudad y territorio, etc. De esta forma, se hace necesario plantear cual es la situación del panorama productivo hispano durante el período objeto de nuestro estudio, y qué papel desempeña en esta dirección, la intervención imperial en nuestro territorio.

A este respecto, nos vamos a centrar en aquellas mercancías en las que los cambios parecen ser de mayor impacto. Nos referimos a aquellas que, durante etapas precedentes, se habían situado entre las más florecientes del panorama productivo hispano, y como tales, habían sido objeto de una amplia exportación, básicamente, aceite, vino y salazones.

Del vigor de su producción, da cuenta la amplia difusión de los contenedores que los canalizaban, muy especialmente, las ánforas beticolusitanas que, ya a partir del V, no obstante, habían comenzado a experimentar una recesión, traducida en un primer momento, en una limitación en los circuitos de distribución, que apenas sobrepasarán las mismas costas hispanas. Esta rece-

100 Recoge la inscripción de la deposición de las mencionadas reliquias, Vives, 1969, n° 327. Acerca de la hipotética procedencia de las mismas y su momento de introducción, GARCÍA RODRÍGUEZ, 1966, p. 181-182 y 405. Sobre el culto a la santa, *vid.* AMENGUAL I BATLLE, 1992, p. 8.

101 GARCÍA MORENO, 1993b, p. 97.

102 Fontaine citado por GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, 1995, p. 291, n. 112. FONTAINE, 1984, p. 9-26.

103 OLMO ENCISO, 2003, p. 50.

sión que, con todo, no impide que los ejemplares sigan llegando a otros puertos mediterráneos extrapeninsulares, como Marsella o Roma, se torna en desaparición, en los primeros decenios del siglo VI. El hecho de que dichos sucesos coincidan con la expansión bizantina mediterránea y, en concreto, con la conquista imperial del África vándala, ha hecho preguntarse acerca de la existencia de una posible relación causal. No en vano, incorporada África por los *milites*, su tejido productivo parece revitalizarse, a juzgar por una más activa exportación de sus contenedores, que devienen omnipresentes en todos los contextos del momento. En este marco, ese mayor dinamismo bien pudo conducir al colapso del tejido productivo beticolusitano, que ve perdido su anterior mercado, ante una verdadera «invasión» de las mercancías africanas. En tales circunstancias, la incorporación del mismo Mediodía hispano a la administración imperial, que logra contar, por tanto, con una verdadera plataforma peninsular, desde la que, y hacia la que, distribuir mejor sus productos, acabaría proporcionando el golpe de gracia a la industria beticolusitana¹⁰⁴. Aún así, surgen varias cuestiones.

Por un lado, buena parte de la validez de estas ideas, descansa en la hipotética coincidencia temporal del desplome del citado tejido productivo, y los mencionados acontecimientos políticos, acaecidos en el marco más amplio de la *Renovatio Imperii* justiniana. A este respecto, no faltan dudas. Por un lado, porque, de hecho, la dinámica involutiva ya es anterior, arranca al menos de la primera mitad del siglo III, momento en el que la pujante África ya arrebató una importante parte del mercado a los productos beticolusitanos, reacomodados ahora a las circunstancias pero, en cualquier caso, siguiendo esa reducción que, en buena parte, pudo conducir a un simple agotamiento natural, sin relación causal con el avance imperial. No en vano, lo cierto es que poder precisar un momento concreto, resulta bastante complejo. Tengamos en cuenta que la evidencia arqueológica más precisa para datar el fin de los envases, sería contar con el período de actividad de las *figlinae*, y actualmente ninguna de ellas ofrece una cronología de más allá de principios del siglo V por cuanto se refiere a las béticas, o mediados de esa misma centuria, por cuanto respecta a las lusitanas. De esta forma, para determinar la fecha final de circulación de los envases, nos servimos de datos menos precisos, como su presencia en contextos del momento, como *Baetulo*, *Tarraco*, *Valentia* o Cartago, donde, dada la escasez con la que se dan, no es fácil determinar siempre si aún muestran una circulación efectiva o, por el contrario, resultan ya residuales. En este estado de cosas, la posible responsabilidad de la expansión imperial en el cese productivo sigue siendo, por tanto, hipotética a pesar de sugerente, en tanto faltan cronologías firmes que permitan relacionarlo con los progresos de los *milites* en Occidente.

Igualmente, por cuanto sabemos, aun cuando en algún caso concreto pudiera quedar documentada la coetaneidad de ambos hechos, lo cierto es que no dejaría de reflejar parte de una realidad más diversa. No en vano, mientras escasos son los datos sobre estas perduraciones, abundantes son, sin embargo, los que permiten afirmar que el proceso se gesta y en buena parte culmina, en el mismo siglo V. Así, como hemos dicho, es en esa centuria cuando se produce el abandono de la mayoría de *figlinae*, y cuando la circulación parece entrar ya en una dinámica recesiva imparable que, a finales de siglo, habría de estar ya prácticamente agotada. En la misma línea, es también en estas fechas cuando se documenta el grueso del abandono de los centros productivos. Los mismos solares sobre los que se asientan los *milites* son ilustrativos al respec-

104 Seguimos a BERNAL CASASOLA, 1997a, p. 233-259; *Idem*, 1998, p. 257-263; *Idem*, 2000, p. 264; y BERNAL CASASOLA *et alii*, 2003, p. 180. Igualmente, PADILLA MONGE, 2001, p. 394-398; y acerca de la continuidad de las exportaciones anfóricas, *vid.* BERNAL CASASOLA, 1997a.

to. Ocurre así, por ejemplo, en el caso de *Traducta*, donde el nivel bizantino relacionable con estructuras portuarias, se superpone a unas piletas de salazón, amortizadas ya en un momento avanzado del siglo V¹⁰⁵.

Algo similar vemos en *Septem*, donde el mismo núcleo en el que parece concentrarse la ocupación bizantina, la zona ístmica comprendida entre la plaza de la Constitución y el Parador Nacional de La Muralla, había estado también dedicada con anterioridad a la explotación de los recursos marítimos, especialmente a la actividad salazonera. Y lo mismo, en suma, se constata en *Malaca*, donde previamente a la época bizantina, también se había producido el abandono de las piletas de salazones instaladas en el teatro romano, a la sazón amortizadas por una necrópolis¹⁰⁶.

Como vemos en todos los casos, la llegada de los *milites* no ocasiona, sino únicamente continúa con una transformación que ya se había operado con anterioridad. En la misma dirección, no faltan datos que muestran como el colapso productivo de *liquamina* y *salsamenta*, al menos en el caso malacitano, se produce en el mismo siglo V. Así, concretamente hacia finales del primer cuarto de esta centuria, ya cesa la producción de contenedores cerámicos en la Huerta del Rincón, o también durante ese siglo otros centros salazoneros costeros, como Torrox o Torreblanca del Sol, se transforman en necrópolis, cuando no son simplemente abandonados, como vemos en San Luis de Sabinillas¹⁰⁷.

La dinámica es la misma que experimentan otras áreas, como el mismo Sureste hispano, donde, también existen toda una serie de hornos cerámicos, como los de Águilas o El Mojón (Isla Plana, Cartagena) que dejan de funcionar en momentos previos a la presencia bizantina¹⁰⁸.

Todo apunta, por tanto, a que cuando desembarcan los *milites*, no ya solo en el Mediodía hispano, sino incluso antes en las costas norteafricanas, el proceso prácticamente ya ha acabado¹⁰⁹.

Complementa también esta visión, la evolución seguida en el comportamiento de los centros consumidores. En efecto, también a partir de ésta, es posible ver como ese mayor protagonismo africano y la pareja marginalidad sudhispánica, también se había producido ya durante el siglo

105 NAVARRO LUENGO; TORREMOCHA SILVA y SALADO ESCAÑO, 2000, p. 223-227.

106 Respectivamente, BERNAL CASASOLA, 2000, p. 131; y MORA SERRANO, 2001, p. 447-448 y GARCÍA VARGAS y FERRER ALBELDA, 2001, p. 593.

107 Acerca de Huerta del Rincón, *vid.* GARCÍA VARGAS y FERRER ALBELDA, 2001, p. 593. Por cuanto se refiere a Torrox, podemos destacar la documentación de dos interesantes jarras que recogemos en el apartado destinado a la cerámica documentada en contexto funerario. En cuanto al segundo asentamiento, PUERTAS TRICAS, 1986-1987, p. 145-200, señalando la transformación de este enclave, desde las primitivas termas a la posterior factoría y, por último, ya a la citada necrópolis, al parecer datada en la primera mitad del siglo VI, fecha a la que pertenecería también una inscripción estudiada por A.V. Stylow. Sobre el último núcleo, *vid.* GARCÍA VARGAS y FERRER ALBELDA, 2001, p. 593.

108 En el caso de Águilas, tenemos que destacar el horno situado entre las calles Juan Pablo I, y Castelar, abandonado en el mismo siglo V, y otro alfar, asociado a ánforas, y en menor proporción, a morteros y grandes vasijas para contener alimentos, cuyo momento de amortización estaría relacionado con la presencia de ánforas Keay XXV, en sus variantes C y G (HERNÁNDEZ GARCÍA y PUJANTE MARTÍNEZ, 1999, p. 179-191; y HERNÁNDEZ GARCÍA, 2004, p. 67-68). El Mojón, por otra parte, es uno de los conjuntos de mayor envergadura que han podido ser excavados, componiéndose de un grupo de cinco hornos, dispuestos radialmente, para converger en un mismo espacio central, acompañándose también de piletas de decantación, e incluso estructuras de habitación. Con una amplia producción que incluye desde ánforas, a distintas categorías de vajilla, parece que su actividad cesaría a inicios del siglo VI (MARTÍNEZ LÓPEZ y ALONSO CAMPOY, 2001, p. 65-66). Los materiales de este último complejo forman parte de la tesis doctoral de la arqueóloga Dña. M^a Carmen Berrocal Caparrós, quien está obteniendo importantes avances al respecto.

109 Para seguir éste, *vid.* LAGÓSTENA BARRIOS, 2001, p. 343-349. Como decimos, se trata de un proceso que viene de atrás, de tal forma que ya en el siglo IV, es posible encontrar *agri deserti* en algunos lugares peninsulares, como señala ARCE, e.p.

V. Contextos cerámicos como el del mercado tardorromano de Cartagena muestran así desde época temprana una mayor dependencia del norte de África, en tanto relega a posiciones muy secundarias, las ánforas beticolusitanas. Vemos, por tanto, que todo ocurre con anterioridad al despliegue justinianeo, al que tan sólo cabe responsabilizar del estrechamiento de la dependencia norteafricana, forjada ya en momentos previos, y que, acaso, sí pudo suponer el golpe de gracia al tejido productivo sudhispánico, ya para entonces prácticamente inexistente.

Por otro lado, aunque nos estamos refiriendo únicamente al Mediodía peninsular, se trata de un panorama, por cuanto se refiere al tan problemático cese, también extensible al resto de la Península. En este sentido, otra de las regiones de mayor vocación productiva, la *Tarraconense*, no escapa a estas pautas, y así también sus contenedores, y en concreto el más tardío de ellos, el tipo Keay 68/91, se encontrarían fuera de circulación ya a partir de mediados del siglo V¹¹⁰. ¿Qué ocurre por tanto, con la producción peninsular de aceite, vino o salazones?, ¿únicamente la población hispana se abastece de estos productos mediante la importación, como parecen sugerir los envases cerámicos?.

Obviamente, la respuesta es negativa, y ello, por varias razones. Por un lado, hemos de tener en cuenta que, en realidad, no faltan testimonios escritos para probar una efectiva continuidad productiva, al menos oleícola y vinícola. Así lo indica el régimen alimenticio, del que estamos informados a partir de ciertas reglas monásticas, como las de San Isidoro y San Fructuoso. Y así lo prueba también, por lo que se refiere al Sureste, el pacto de Teodomiro con Abd al-Aziz. En efecto, en este documento, datado en el 713, se establece el pago por cada hombre libre, de dos cántaros de aceite anualmente, cantidad que era una cuarta parte de la que había que entregar en productos de la viticultura y que, en cualquier caso, puede ser un índice de la respectiva importancia de ambos cultivos en nuestra zona, o también de las diferencias de coste, situando en primer lugar el aceite¹¹¹.

No falta incluso algún indicio arqueológico que lleva a plantear la continuidad oleícola, sea el caso del ámbito malacitano, con el yacimiento del Cerro de la Fuente¹¹². En este caso, se trata de la documentación de material tardío en un establecimiento productivo, pero, igualmente, también la alta densidad de poblamiento que muestra la zona, como ya hemos tenido ocasión de ver, sobre todo a partir de las necrópolis que salpican todo el territorio antequerano, es indicativa de la citada continuidad que, en el caso de atender a la datación de tales puntos, parece intensificarse en los momentos finales del siglo VI.

En el mismo sentido, el análisis de los desechos de algún vertedero arroja también indicios de la continuidad de este tipo de cultivos, sea el caso del radicado en la ladera norte del Cerro

110 REMOLÀ Y PIÑOL, 1998, p. 227-236. En este sentido, se plantea que el ejemplar documentado en la Torre de l'Audiència es posiblemente residual, como recoge REMOLÀ, 2000, p. 198, n. 312.

111 En concreto, la tasa o *gizya* a pagar por hombre libre y año, es de un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro de cebada, cuatro quist de vinagre, uno (o dos) de miel, uno de aceite (y cuatro de vino o mosto). A este respecto, el almud es una medida de capacidad para sólidos que deriva del modio romano y equivale a 0,523 litros; en tanto el quist, es una medida de capacidad para líquidos derivada del sextarius romano, con la equivalencia de 0,54 litros (GAMO PARRAS, 1998, p. 271). Para el estudio de la problemática que abordamos desde las fuentes textuales, *vid.* GARCÍA MORENO, 1980b, p. 301-309. Recogiendo el mencionado texto árabe y su traducción, LLOBREGAT, 1973, p. 20. Igualmente, podríamos añadir algunos otros testimonios menos directos, pero también indicativos de la mencionada continuidad, es así el caso de Isidoro, *Etym.*, 17.7.66, «*La pausia, a la que los campesinos llaman de forma incorrecta pusia, es una aceituna de color verdoso y suave*». La corrección del obispo hispalense muestra como el término se seguía empleando con fluidez en su época.

112 ROMERO, 1987, p. 457-460, citado por BERNAL CASASOLA, 2004, p. 73, quien cita también la intervención más reciente en El Gallubar también ilustrativa en este sentido.

del Castillo de Lorca que, para estos momentos avanzados, documenta, junto a hierbas (*gallium sp.* y *pistacea lentiscus*) y leguminosas (*pisum sativum L* y *lathyrus sativus*, guisante y guija respectivamente), dos tipos diferentes de aceituna (la *olea europea* y la *olea maracana*), así como otras dos variedades de vid (*vitis vitifera*)¹¹³. Lo mismo ocurre en conjuntos domésticos como el del Tolmo de Minateda, donde es posible encontrar restos de cáscaras de almendra carbonizada y semillas de aceitunas, o igualmente en el Cerro de Montroy, en el que, en este caso, se documentan junto a semillas de cebada, trigo común, escanda y haba, también de vid¹¹⁴, mostrándonos una continuidad —otra cosa es del alcance de la explotación—, sobre la que no cabe albergar dudas.

¿Cómo circularían entonces estas mercancías?. Entramos en otra de las cuestiones que atañen al hipotético cese productivo, los problemas de registro y ello, en dos direcciones. Por un lado, como se ha señalado, en este momento los envases cerámicos reducen su cota en la comercialización y almacenamiento de los excedentes, dando mayor peso a los toneles, convertidos sobre todo en el siglo VII, en el contenedor preferente¹¹⁵. En este sentido, una parte importante de esa producción pudo canalizarse a través de estos contenedores perecederos, de los que, obviamente, no resta documentación alguna. Quizá, en nuestro caso, la razón de tal proceder estribase en el cambio en el radio de comercialización, la sustitución de la exportación a larga distancia, por una distribución más reducida, para la que bastarían este tipo de recipientes.

Por otro lado, lo cierto es que tampoco dejan de faltar contenedores anfóricos para este período. Tengamos en cuenta que buena parte de ellos seguramente integra los abultados porcentajes de ánforas indeterminadas que suelen aparecer en los contextos cerámicos de estos momentos. No en vano, de esos porcentajes, poco a poco, estamos conociendo más producciones. Ocurre así con las ánforas globulares de fondo umbilicado que, de un tiempo a esta parte, van documentándose en un mayor número de lugares, mostrando la difusión y adopción de un mismo módulo en diversos puntos mediterráneos, como ocurre en la misma costa catalana¹¹⁶. Igualmente, tampoco el área bizantina escapa a este proceso. En efecto, también en el área imperial es posible documentar envases anfóricos para este período, que muestran como la importación desde las otras posesiones imperiales, ya africanas u orientales, no anuló la iniciativa hispana. Unas de las individualizadas más tempranamente fueron las ánforas baleáricas Keay LXXIX, primeramente tenidas como cerámica común (Vegas 42/ RE-0314b), y hoy más ampliamente aceptadas como envases anfóricos. Aunque su contenido nos es desconocido, más que vino o aceite, en función de su pequeño tamaño, hubo de ser alguna mercancía preciada, quizá algún tipo de ungüento. Comoquiera que sea, no obstante, ya es un indicio que permite afirmar la actividad productiva durante la etapa bizantina, y su comercialización, no ya tan sólo por la costa hispana, sino también por otras zonas de su más directo ámbito de influencia, como la costa tirrénica e incluso Cartago.

113 MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y PONCE GARCÍA, 2000, p. 202-203, citando el análisis realizado por Dña. M^a. Luisa Precioso Arévalo a las semillas carbonizadas presentes en el estrato que separaba los dos períodos de deposición del vertedero, fechados respectivamente en la primera mitad del siglo V y en el siglo VI.

114 Para el yacimiento albaceteño, *vid.* GUTIÉRREZ, GAMO y AMORÓS, 2003, p. 131. Respecto al cerro almeriense, las semillas se recuperaron en la parte interior de una habitación adosada a la muralla, en la zona este del cerro, donde se registra una sucesión de pavimentos de tierra batida, a partir del 510, como recogen MENASANCH y OLMO, 1993, p. 30-33; OLMO y MENASANCH, 1993, p. 677; y CHÁVEZ *et alii*, 2002.

115 DURLIAT, 1998, p. 116. Lo que está claro, es que la importancia de los toneles en el transporte, ya comienza en la misma época romana, *vid.* a este respecto, trabajos como el de DESBAT, 1991, p. 319-336.

116 CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 363 y 393.

En modo alguno fue, por otra parte, algo episódico, sino que, por el contrario, podemos rastrear iniciativas similares por otros lugares del territorio imperial. De hecho, para el conjunto del Mediterráneo se ha destacado que, junto a un limitado número de centros de producción masivos, parece ser que las ánforas se manufacturarían en pequeñas cantidades por todos lados, dondequiera que existieran excedentes susceptibles de comercializarse¹¹⁷.

Ocurre así, por ejemplo, por cuanto se refiere a la zona hispana, en *Carthago Spartaria*, donde también ha sido posible individualizar una producción local. En concreto, se trata de un ánfora morfológicamente muy similar al contenedor oriental Keay LIII, pero con una composición mineralógica propia del Sureste¹¹⁸. Así, se caracteriza por presentar como desgrasantes esquistos laminados, al igual que ocurre con la cerámica de cocina también de producción local. En este caso, no obstante, a diferencia de cuanto sucede con las ánforas baleáricas, no se encuentra probada su comercialización. Quizá, el hecho de que las cerámicas de cocina manufacturadas en la zona de Cartagena se distribuyan en las islas Baleares, hace pensar en una posible suerte pareja para los contenedores de esta procedencia, que así justificarían una iniciativa comercial que parece no sostenerse únicamente a partir de los mencionados envases culinarios, de coste reducido. Se trata, en cualquier caso, de algo que tan sólo investigaciones futuras podrán ir respondiendo, al igual que ocurre con el mismo contenido de estas ánforas, del que tampoco sabemos nada.

Por otra parte, comentada la existencia de dos producciones del territorio bizantino que nos son desconocidas, pero que quedan probadas materialmente a través del envase mediante el que se canalizaron, cabe también determinar el posible papel que jugaron los bizantinos en estos procesos de producción y distribución. A este respecto, es fundamental establecer con precisión la cronología de los envases, a la hora de poder relacionarlos con la presencia de los *milites* ya en las islas ya en la Península.

Por cuanto se refiere al contenedor baleárico, si bien algunos de los primeros estudios consideraban que su circulación tendría lugar exclusivamente en época bizantina, concretamente arrancando del 600, posteriores excavaciones han demostrado que es posible encontrarlo al menos ya desde la primera mitad del siglo VI, sino ya desde mediados del siglo V, como también se ha propuesto, y parece indicar algún hallazgo puntual¹¹⁹. De esta forma, nos encontramos ante una iniciativa a la que la conquista imperial tan sólo daría continuidad, pero en ningún caso, sería artífice de su puesta en marcha. Difícil es, en cambio, precisar cambios de comportamiento en función del mencionado acontecimiento político. En efecto, aún no se dispone de estudios específicos para valorar la intensidad de su circulación antes y durante la presencia imperial. Tan sólo nos podemos servir de los datos procedentes de algunos contextos del momento. Creemos que, entre ellos, es sobre todo importante, atender a los que también se encontrarían bajo soberanía imperial, en tanto en función de los lazos existentes entre ellos, serían los que durante más tiempo verían asegurada la circulación de estos envases.

Entre dichos puntos, Cartagena sería uno de los que contaría con una relación más preferente, no únicamente debido a su cercanía geográfica, sino también a su misma condición de centro direccional de la zona bizantina, cuyo abastecimiento sería objeto de especial atención. No en

117 ARTHUR, 1986, p. 656.

118 Nos ocupamos de forma extensa de esta producción, en el apartado dedicado al material cerámico.

119 *Vid.* respectivamente, RAMÓN, 1986, fig. 10.5; MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 178; KEAY, 1984, p. 397; y comentando el depósito cerámico del vertedero tarraconense de Vila-Roma, donde se documenta un ejemplar, quizá, no obstante, con un posible carácter intrusivo, REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, p. 201, n. 314, fig. 95.12.

vano, como hemos visto, tenemos documentados unos intercambios que incluyen también otros envases. A este respecto, aunque para la ciudad surestina no disponemos de un seguimiento exhaustivo de la evolución de este contenedor durante las fases de la etapa bizantina, parece que, al igual que el conjunto de cerámica ibicenca, su presencia estaría ya muy reducida para principios del siglo VII, momento en el que incluso planea la posibilidad de una posible residualidad¹²⁰.

Para completar esta visión, cabe acudir también a otro contexto de la zona visigoda, como *Iluro*. En este caso, es importante reseñar que nuestro contenedor, allí individualizado como «àmfora/gerra 3», se encuentra ausente en los niveles de aterramiento de la segunda mitad del siglo VI/ primer tercio del siglo VI, en tanto sí se da en los vertederos de finales del siglo VI/ primer tercio del siglo VII, momento en el que el conjunto de la cerámica ibicenca parece haber registrado un incremento¹²¹.

Dado este estado de cosas, y tomando con prudencia los datos de la localidad tarraconense, en tanto remiten a un espectro temporal más amplio que el de la fase cartagenera, tendríamos que concluir que, durante la etapa imperial, la producción quizá pudo ver ampliado su radio de distribución, así como su misma cantidad que, en cualquier caso, se reduciría ya para el siglo VII. Por tanto, la producción y comercialización del envase no registraría una evolución lineal, sino un incremento inicial, seguido de una reducción.

Similar es el caso del ánfora de posible manufactura en Cartagena y su entorno. Para éste, parece que su producción se inicia de forma previa, quizá a finales del siglo V y primera mitad del VI, intensificándose con la presencia imperial¹²². De nuevo, no se trata así de la puesta en marcha de una iniciativa, sino únicamente de su continuidad que, estudios futuros también habrán de calibrar.

Comoquiera que sea, ambos exponentes, el baleárico y en mucha mayor medida, el del Sureste, son de una modestia manifiesta. Con ello, podemos afirmar que aquí, en el territorio hispano, la presencia bizantina no impulsa una renovación del tejido productivo y de la red de comercialización a él vinculada, al modo de lo que hace en otros ámbitos de la *Renovatio Imperii*, muy especialmente África, que al menos, para época justiniana, vive una verdadera etapa dorada.

En el caso de Italia, igualmente, también para la etapa bizantina seguimos encontrando una fuerte vocación productiva, sobre todo para la zona meridional. Así debemos tener en cuenta la producción del ánfora Keay LII, en el área de Calabria/ Sicilia, a partir del siglo IV, pero llegando hasta el siglo VIII los ejemplares más tardíos; también la producción del ánfora *Crypta Balbi 2* en el área de Sicilia desde finales del siglo V hasta el siglo VII, la de contenedores de fondo plano en Calabria a finales del siglo VII, o la de globulares de fondo convexo tanto en el área de Otranto-Puglia como en la de Sicilia-Calabria y bahía de Nápoles, durante este último siglo y el siguiente. Estas producciones se enmarcarían dentro del proceso que se ha denominado «orientalización» de las producciones, especialmente en el área sudoriental de Italia, pero también en Roma. No en vano, a la producción de esos contenedores umbilicados, hemos de unir para los hornos de San Giusto o de Otranto en la Puglia, la producción también de ollas y de fondo convexo, o lucernas bicónicas a torno, de tal forma que se podría decir que actúan como verdaderas sucursales de Oriente, en tierra italiana¹²³.

Lejos, queda, por tanto, también en esta faceta, la experiencia hispana de la seguida por otros ámbitos de la *Renovatio Imperii*.

120 MURCIA MUÑOZ y GUILLERMO MARTÍNEZ, 2003, p. 178.

121 CELA ESPÍN y REVILLA CALVO, 2004, p. 375-376.

122 RAMALLO; RUIZ y BERROCAL, 1997, p. 210.

123 Acerca de todas ellas, PAROLI, 2003, p. 590 y 593.

Esto no quiere decir, no obstante, como venimos insistiendo, que falten los establecimientos productivos para este momento, pero sí que éstos sean una pequeña minoría, muy especialmente en la costa, donde la llegada de las importaciones, supliría su hueco. A esta minoría pertenecerían enclaves como la factoría de salazón de la isla de Cabrera, frecuentada hasta finales del siglo VI¹²⁴. Con todo, tampoco la mencionada continuidad sería exclusiva de la zona bizantina, sino que también sería compartida por la visigoda, donde encontramos establecimientos que perduran durante esta centuria, sea así el caso, por no abandonar el ejemplo de la producción salazonera, de la factoría gerundense de Roses, o la del Barrio de la Rápita, en Cullera que, construida a mediados del siglo V, estará activa probablemente hasta el último tercio del siglo VI¹²⁵.

Comoquiera que sea, su configuración no parece que varíe mucho respecto a momentos precedentes. Así, aunque conocemos pocos enclaves productivos en época bizantina, por cuanto se refiere a la industria del salazón, yacimientos como el calabrés de Stazione Lido¹²⁶, muestran que no son muchos los cambios. Podemos decir lo mismo, acerca de las factorías cerámicas, de las que conocemos algunas para esta etapa, como la chipriota de Dhiorios¹²⁷. Lo cierto, a este respecto, es que este tipo de instalaciones de dedicación artesanal exclusiva, parecen reducirse respecto a etapas precedentes, en tanto se incrementan en cambio los pequeños locales donde tiene lugar una producción a menor escala, dentro del propio ámbito doméstico, como ocurre por ejemplo con la fundición o la forja. Así, en algunos yacimientos se darían modestas instalaciones como pequeñas fraguas¹²⁸. En el caso de *Spania*, podemos citar el caso de *Septem*, donde en las estructuras de carácter doméstico excavadas en el Paseo de las Palmeras, se han localizado restos de escorias y algunas placas metálicas, que dejan ver la existencia de una actividad metalúrgica¹²⁹.

Nos interesa este hecho, porque nos pone en la línea de otro de los fenómenos que caracteriza estos momentos, el incremento del autoabastecimiento. En efecto, a partir de ahora constatamos como muchas actividades productivas antes objeto de una elaboración artesanal, pasan, por el contrario, a albergarse en el mismo ámbito doméstico. En este sentido, el propio barrio de época bizantina de Cartagena, ilustra el proceso con numerosos ejemplos. Debemos citar así entre ellos, la existencia de un horno, muy posiblemente destinado a la elaboración de pan, en una de las habitaciones, así como muy especialmente, la documentación en gran número de éstas, de piedras de molino, también empleadas para similares menesteres. Vemos así, como una actividad antes elaborada en los grandes *pistrina*, a cargo de *pistores*, ahora en cambio es objeto de producción por parte de la misma familia, que consigue así autoabastecerse. Comportamiento que, por otra parte, no es exclusivo de la zona bizantina, sino que igualmente también se registra en el caso de la visigoda, por abordar el mismo tipo de evidencias, en ciudades como Mérida¹³⁰.

124 HERNÁNDEZ; CAU y ORFILA, 1992, p. 213-222.

125 NOLLA y NIETO, 1982, p. 187-200; y ROSSELLÓ, 2005, p. 33-54.

126 Se trata de una serie de ambientes alargados y circundados por un corredor, que gravitan en torno a un patio porticado, caracterizándose por la presencia de una serie de tinas circulares, ligadas a largos canales. El complejo experimenta varias remodelaciones, *vid.* SPADEA, 1991, p. 689-707

127 CATLING, 1972, p. 1-82.

128 Es el caso por ejemplo del yacimiento italiano de *Paleopolis*, donde dentro de un ámbito doméstico, se ha podido individualizar este tipo de actividad, *vid.* así, LEBOLE DI GANGI, 1991, p. 575-598.

129 BERNAL CASASOLA, 2004, p. 78.

130 ALBA CALZADO, 1999, p. 408, señalando que son pervivencias morfológicas del mundo romano, estribando la novedad ahora en su proliferación y vinculación a espacios domésticos intramuros, dentro de la órbita de la economía familiar.

En cualquier caso, no obstante, tampoco hay que acentuar este hecho, pues, limitado es el abanico de productos elaborados por la propia unidad familiar. Antes bien, como hemos ido exponiendo, nos encontramos todavía en una economía comercial y monetaria, en que una parte sustancial, mayoritaria, del abastecimiento de mercancías no tan sólo suntuarias, sino incluso de primera necesidad, como pueden ser alimentarias, (vino, aceite o salazones), se encuentra dominado por la importación.

En modo alguno la importación de esas mercancías es ahora algo novedoso, sino lo que resulta realmente nuevo, es la intensidad de este movimiento económico y su representatividad en el abastecimiento, hasta el punto de prácticamente monopolizarlo.

En este orden de cosas, habría que determinar cuales son las razones que llevan a la población de ciudades como Cartagena, Málaga o Ceuta a depender del vino, el aceite o los salazones, africanos y orientales. Como hemos dicho, no siendo tan amplio el cese productivo mencionado, debemos atender a qué es lo que está ocurriendo en el territorio, antes suministrador de parte de estos productos y ahora, en cambio, prácticamente excluido del abastecimiento urbano. Con todo, pocos son aún los estudios dedicados al territorio durante nuestro período, que a diferencia de la zona visigoda tampoco cuenta con documentos de primera mano como son las pizarras¹³¹.

No obstante, afortunadamente, esa tendencia está cambiando en los últimos años gracias a los trabajos realizados en las comarcas meridionales alicantinas, la Depresión de Vera, el territorio lorquino, o el Campo de Cartagena, por cuanto se refiere a la zona objeto de nuestro estudio. Desde el punto de vista de la documentación textual, también se está avanzando en cuestiones relativas al paisaje rural en estas zonas¹³².

Casi todas, revelan las mismas pautas. Por un lado, abandono de la mayoría de enclaves anteriores, y por otro, surgimiento de otros nuevos de dimensiones modestas, sin excluir, no obstante, casos concretos de perduración.

Ésta es la situación que presenta, por ejemplo, el territorio del entorno de Cartagena que, si bien se reactiva en época bizantina, no parece que acoja ahora grandes complejos capaces de impulsar una producción a gran o media escala. Considerando que aún sólo poseemos datos procedentes de prospecciones superficiales, las evidencias son ciertamente escasas. Tan sólo algunas piedras de molino recuperadas en Coto Dorda y El Montillo, especialmente abundantes en este último yacimiento, son prueba de la actividad productiva de estos enclaves, en cualquier caso, como decimos, de dimensiones modestas¹³³. De algunos de ellos, no obstante, pudo salir la desconocida producción canalizada en las ánforas de producción local ya citadas. Igualmente, junto a esta mercancía, también cabe preguntarse si la ciudad y su entorno pudieron exportar cualquier otra. En este sentido, la importancia que el cultivo del esparto tiene en la misma ya desde mucho tiempo atrás, quizás ahora se pudo mantener, a tenor de que precisamente es con el epíteto de *Spartaria* como se le conoce ahora, no sabemos ya si sólo como recuerdo de su pasado. De un modo u otro, lo que está claro es que el comercio del esparto aún sigue su curso.

131 Datables entre los siglos VI-IX informan, por ejemplo, sobre la manutención y cría de cápridos, vacunos, cerdos, equinos y asnos; propiedades, viñedos, etc. *Vid.* a este respecto, VELÁZQUEZ SORIANO, 1989.

132 Acerca de cada una de estas zonas, *vid.* (Alicante), GUTIÉRREZ LLORET, 1988a; *Idem*, 1988b, p. 323-337; REYNOLDS, 1985, p. 245-267; e *Idem*, 1993; (Almería), MENASANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 211-222; (Lorca), MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 1988a, p. 543-563; y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ y MATILLA SEÍQUER, 1988, p. 503-541; y (Cartagena), MURCIA MUÑOZ, 1999 y 2000. Sobre los textos, GARCÍA MORENO, 1983.

133 A este respecto, el estudio de las superficies de dispersión de materiales, arroja unas dimensiones medias de 0,5 ha, sólo superadas en casos muy esporádicos. *Vid.* así el completo estudio de MURCIA MUÑOZ, 2000, p. 371-382.

Así, lo encontramos documentado en Italia, una zona con la que el ámbito bizantino hispano parece mantener una relación medianamente estrecha. En efecto, una inscripción de Cagliari datada en el reinado de Mauricio, recoge las tarifas municipales sobre distintos productos, como ovejas (para carnicería, tasada en libras de carne), verduras (*olera*), «producto del verano» (*extibalia*), vino, trigo o aves (*abis*), así como *sparta*¹³⁴.

Comoquiera que sea, lo cierto es que, por ahora, la documentación material es ciertamente escasa. Una situación similar presentarían también las restantes áreas comprendidas en la zona imperial hispana, dominando una impresión de atonía, que difiere de la registrada en otros ámbitos incluidos en la *Renovatio Imperii*, como África.

De esta forma, allí se registran instalaciones de las que no tenemos constancia en nuestro territorio, factorías agrícolas, como las de Siret el Giamel, o El-Beida que, en ocasiones, adoptan la forma de estructuras fortificadas, denominándose *gsur*¹³⁵.

Como decimos, se trata de un panorama que dista del que encontramos en nuestro territorio. Aquí, la mayoría de *villae* anteriores son abandonadas, en un proceso que no sólo se documenta en la zona bizantina, sino que también se puede extender al resto del territorio hispano, donde las *villae* citadas por Isidoro (*Etym.*15,13), parecen tener poco ver con las norteafricanas, de cuya suntuosidad nos da cuenta Procopio¹³⁶. Para las hispanas, tan sólo en algún caso esporádico, como la villa gerundense de Vilauba, se puede seguir documentando una actividad productiva de mediano alcance, en este caso materializada en una prensa de aceite, actividad que también parece rastrearse en el asentamiento rural de Vilaclara¹³⁷.

Igualmente, también en el caso de la Bética, donde domina un hábitat rural disperso, tenemos prueba de la continuidad de algunas antiguas *villae*. Así, se ha señalado que, en esta zona, la aristocracia tardorromana habría podido continuar gozando de un poder e importancia como en ninguna otra parte de la Península, estando fortificadas algunas de ellas. En este contexto, se entenderían así las noticias de Juan de Biclario para los años 572 y 577 en las que se señala el abatimiento por Leovigildo de múltiples *castella* en las regiones de Córdoba y del alto Guadalquivir. En esta zona encontraríamos grandes propiedades que, sabemos, quedarían divididas en dos partes, una del propietario para cultivo directo por esclavos (*mancipia*), dividiéndose el resto en lotes de tierra (*sortes*), concedidos a individuos a cambio de rentas y prestaciones diversas¹³⁸.

Con todo, es sobre todo otra, la evolución del territorio. Así, desde el primer cuarto del siglo V, ya se detecta en ciertas zonas del Sureste y Levante peninsular un relativo encaramiento de los asentamientos. El mismo fenómeno, constatado en zonas como la lorquina, se puede detectar también algo más tarde en la provincia de Almería, no en vano, se trata de un fenómeno generalizado

134 DURLIAT, 1982b, p. 1-14.

135 Respectivamente, CATANI, 1988, p. 459-474; e *Idem*, 1976. Acerca del *gsur*, SJÖSTRÖM, 1993, p. 81-85, destacando su presencia en Cirenaica, con unas dimensiones que oscilan entre los 9 o 12 metros cuadrados a los cerca de 22. Están dotadas de entrada simple y con patio interno, que sirve de distribución a una serie de habitaciones, así como a estancias de almacenamiento.

136 Sobre estas cuestiones, *vid.* RIPOLL y ARCE, 2000, p. 63-114. Reclamando también un análisis interdependiente de ciudad y campo, *vid.* KULIKOWSKI, 2001, p. 147-161.

137 Respectivamente, CASTANYER MASOLIVER y TREMOLEDA TRILLA, 2001-2002, p. 159-176; y REYNOLDS, 2003, p. 575; así como ENRICH, ENRICH y PEDRAZA, 1993-1994, p. 99.

138 GARCÍA MORENO, 1991, p. 267; e *Idem*, 1977b, p. 247-248.

en todo el Mediterráneo occidental a partir del siglo V¹³⁹. Para esta evolución, se ha señalado la creciente presión fiscal de los terratenientes, Estado e Iglesia, sobre los campesinos, provocando el intento de eludirla. Propio de estos asentamientos será la explotación del *saltus*, con la posibilidad de acceso a recursos ganaderos, cinegéticos, silvicultores o mineros. En este sentido, resulta paradójico tildar el fenómeno de ruralización, en tanto estos mismos asentamientos no registran una intensa actividad agrícola, en función de su misma razón de ser, su situación en altura, que así lo impide¹⁴⁰. Por lo demás, lo cierto es que se han registrado críticas hacia ese modelo¹⁴¹.

Como vemos, se trata de hechos que inciden en la producción, y que explican que ésta se vea mermada en comparación a etapas precedentes. También se han destacado otra serie de factores que pudieron incidir en esa merma. Es el caso así de un supuesto cambio climático, que supondría un endurecimiento de las condiciones y repercutiría en malas cosechas, con sus consecuentes hambrunas, y efecto más lesivo para las epidemias¹⁴². De forma concreta, se apunta un período de fuerte sequía hacia los años 530-560, que implicaría, de hecho, un replanteamiento de la política edilicia justiniana¹⁴³. En el marco hispano, sabemos de algunos de estos síntomas, ya desde el siglo V, que se podrían relacionar con la progresiva atonía productiva. Elocuente es el testimonio de Hydacio para el 468, quien señala que «*el tiempo y todos los productos de invierno, primavera, verano y otoño sufrieron alteraciones*» (*Chron.* 468). Ya en fechas coincidentes con la ocupación imperial, también las *Vidas de los Santos Padres de Mérida*, recuerdan inundaciones devastadoras¹⁴⁴.

En la misma dirección, también tenemos constatada la incidencia de plagas de langosta, u otras adversidades, que causarían graves estragos en la producción. Así, parece que una grave plaga de langosta coincidiría con pulsaciones de peste registradas durante los años ochenta. Aunque esta plaga afectará a *Carpetania* y *Celtiberia*, el hecho de que Gregorio de Tours cite también su extensión por el *ager publicus*, se considera que puede hacer referencia a *Spania*, por otro lado, independientemente de tal mención, muy previsiblemente afectada, en virtud de su vecindad con el territorio carpetano¹⁴⁵.

Comoquiera que sea, lo cierto es que, como hemos venido señalando, en *Spania* más que en otros ámbitos de la *Renovatio Imperii*, la presencia bizantina se presenta como un hecho esencialmente urbano, sin apenas implicaciones para el territorio. Por cuanto se refiere a la estructura económica, mientras se potencia la distribución de las mercancías mediterráneas, apenas se presta atención al tejido productivo hispano, que ahora tan solo mantiene en esta área alguna iniciativa de mediano alcance, como las ánforas baleáricas, o aún de más reducido radio, como es el caso de las ánforas de Cartagena.

139 Así *vid.* GUTIÉRREZ LLORET, 1988b, p. 323-337; LÓPEZ SEGUÍ, 1994, p. 303-308; TRELIS MARTÍ, 1994, p. 309-316; y ACIÉN ALMANSA, 1995b, p. 10. Respecto a Lorca y Almería, respectivamente, MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, 1988a, p. 543-563; y CARA BARRIONUEVO y RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1998, p. 164-245; MENAN-SANCH DE TOBARUELA, 2000, p. 219; e *Idem*, 2003, p. 87-88.

140 CARA BARRIONUEVO y RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1998, p. 173.

141 BARCELÓ, 1998, p. 10-41.

142 KODER, 1996, p. 270-285.

143 LIEBESCHUETZ, 2001, p. 409-410, recogido por PÉREZ MARTÍN, 2003, p. 237.

144 «*Pasados quince o más años de esto, el famoso río Anas, durante una gran crecida, desbordándose de su cauce por las orillas, vertió hasta muy lejos sus aguas y ocasionó muchas ruínas de edificaciones por las fincas vecinas a sus márgenes*» (II, 21). Recoge estos testimonios, ARCE, e.p.

145 VALLEJO GIRVÉS, 1993 a, p. 481, n. 12, con bibliografía.

Por otro lado, si poco es lo que sabemos acerca de la agricultura en el territorio imperial, menos es aún lo que podemos decir acerca de la minería y la metalurgia, carencias en buena parte compartidas por todos los territorios durante este período. En este sentido, para la primera, poco más que algunas menciones de las fuentes, se pueden traer a colación¹⁴⁶.

De forma genérica, podemos decir que la minería, al igual que el comercio, parece sufrir en la Bética un importante declive, ya cuando las oleadas de francos, entre los años 258 y 278, desestabilicen la provincia. Para el siglo VI, las minas estarían prácticamente abandonadas. No obstante, algunas, como las de hierro de la zona de *Castulo*, pudieron seguir activas, explicando el intenso poblamiento visigodo en la región¹⁴⁷.

De hecho, no faltan algunos indicios acerca de la continuidad de las actividades extractivas durante los siglos VI y VII¹⁴⁸. Por lo que se refiere al área bizantina, dichos testimonios se concentran en el Sureste. Así, en la Sierra Alhamilla, existen diversos yacimientos mineros con continuidad durante los siglos VI y VII, como Los Peñones, Hoya Segura, La Peineta o Cerro del Fuerte, haciendo incluso que llegue a hablarse de un interés oficial en controlar la producción de plomo, y probablemente de hierro. De forma paralela a la actividad extractiva, también tuvo lugar un desarrollo metalúrgico, y así en la zona de Guadix, llegan a localizarse varios hornos de fundición para este momento, como Cañadilla, Graena o Cauzón, mostrando la importancia que en la región accitana pudieron tener las actividades mineras y metalúrgicas entre los siglos V-VI y VIII. Así, se señala la explotación de plata en el Cerro de las Minas de Lanteira, donde, junto con cerámica común asociada, al parecer se localizó también una moneda visigoda datada en el año 672. Otros lugares estarían consagrados, en cambio, a la producción de hierro, como la Loma de Moquillo o la Loma del Perro de Lugros. No en vano, la metalurgia y la explotación minera se confirma como uno de los principales recursos de la población que se instala en estas montañas. De todas formas, al igual que hemos visto anteriormente, también algunas instalaciones parecen cesar coincidiendo con la llegada de los *milites*, sea el caso del horno de fundición localizado en la antigua *Baria* que, aun de cronología tardía, parece encontrarse ya fuera de actividad en estos momentos. De la misma forma, otros puntos no tendrían continuidad más allá del siglo VI, caso de la mina de cobre de Cueva de la Paloma, cerca de la antigua *Tagili* (Tíjola, Almería)¹⁴⁹.

En el caso de Cartagena, a pesar de que la ciudad había sido famosa en la Antigüedad por su riqueza minera, no se llega a documentar una revitalización tras el descenso de la actividad en el siglo II. No obstante, no creemos que ello implique el abandono total de las antiguas explotaciones. Así, hemos de tener en cuenta el poblamiento de la zona oriental del campo cartagenero, donde radica buena parte de su riqueza minera, y en donde encontramos una importante necrópolis de este período, la de El Corralón. De la misma forma, en uno de esos principales puntos mineros,

146 FRANCOVICH, 1996, p. 19-35; EDMONDSON, 1989, p. 84-102; y LOMBARD, 1974; y DÍAZ y DÍAZ, 1970, p. 261-274. Poco más aporta a este respecto el trabajo de PUCHE RIART, 2005, p. 86-93, quien, por lo demás, parece olvidar el mismo carácter de las Etimologías isidorianas en buena parte reflejo de situaciones inexistentes en la misma época del obispo.

147 RODRÍGUEZ NEILA, 1972, p. 195-201; y RIPOLL, 1998, p. 229

148 Lo recogen así, PUCHE RIART y BOSCH APARICIO, 1996, p. 198-216. Igualmente, también nosotros hemos apuntado algunas notas al respecto, *vid.* así RAMALLO ASENSIO y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2002, p. 329-330.

149 Acerca de Sierra Alhamilla, CARA BARRIONUEVO y RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1998, p. 173; sobre los hornos de fundición, BERTRAND, 1986, p. 236. Recogen la última zona, BERTRAND; SÁNCHEZ VICIANA; y ZUBIUR MARCOS, 1996, p. 182, nota 7 y 183. En lo referente a Baria y Tíjola, respectivamente, MORALES SÁNCHEZ, e.p. y CARA BARRIONUEVO, e.p.; y DOMERGUE, 1990, p. 169.

el Cabezo Rajao, situado a 7 km de la ciudad, se documentó un broche de placa rígida calada, que muestra la frecuentación durante el siglo VI, no sabemos ya si implicando la perduración de las actividades extractivas, en tanto que, el grueso de la documentación arqueológica, como el poblado minero del cercano Cabezo Agudo, apenas va más allá de la época republicana y comienzos de la altoimperial¹⁵⁰, aunque no deja de ser significativo que la pieza se localizara en el denominado «Pozo de Aníbal».

Con todo, el descenso general de las explotaciones, pasa a sustituirse por la actividad de «chamarileros» o «chatarreros», que recogen y refunden objetos metálicos, actividad que, no obstante, también convivió con grandes talleres, del tipo de los varios que debieron existir en la Bética, produciendo toda una serie de adornos personales¹⁵¹.

En este último punto, debemos tener en cuenta que Cartagena durante el período bizantino acuña numerario local en cobre, con lo que es incuestionable que también aquí, habría de seguir activo el trabajo del metal. En el mismo sentido, la hipotética acuñación de moneda de oro, si acaso existió, mostraría la amplitud de este trabajo del metal, que, por ahora, se nos escapa para otras zonas del territorio imperial.

De esta forma, como hemos visto, el amplio problema de la producción, y hasta cierto punto, la mencionada atonía, también se presenta como uno de los caracteres diferenciadores de la *Spania* bizantina, tanto respecto al territorio visigodo, donde el menor grado de importaciones abocaría a una situación productiva más intensa con la que abastecer las necesidades propias, como respecto a otros ámbitos de la *Renovatio Imperii*, donde la presencia bizantina incentivaría también ésta de un modo y con una intensidad que nos son desconocidos por el momento en la provincia hispana.

Las circunstancias de *Spania* son ciertamente diversas a las de otros territorios alcanzados por las campañas justinianas. Ni los textos ni tampoco la documentación arqueológica permiten sostener aquí una revitalización del tejido productivo, *topos* de la empresa restauradora, como vemos por ejemplo en África, donde se insiste una y otra vez en ello¹⁵². En nuestro territorio, antes bien, la documentación arqueológica no está excesivamente lejos del testimonio que nos da Leandro cuando advierte a Florentina frente a toda nostalgia hacia su *terra natalis*: «*aquella tierra nuestra ha perdido su privilegiada situación y hermosura hasta el punto de que no queda en ella persona libre, ni goza su suelo ya de la fertilidad que era tradicional. En efecto, la tierra a la que se le han arrebatado sus ciudadanos y en la que se han introducido extranjeros, al perder su honor, perdió igualmente la fecundidad*» (*De Inst.virg.*, XXXI.6-7).

No en vano, por ceñirnos al mismo territorio de *Carthago Spartaria* al que hace referencia la cita del obispo hispalense, precisamente coincidiendo con el desembarco de los *milites* decae la actividad de establecimientos rurales documentados en su *ager* más próximo, como el de Los Villares¹⁵³. En cualquier caso, de la misma forma que el texto ha de ser interpretado con cautela, también la arqueología va revelando que más que un cese, hemos de ver un redimensionamiento, una atonía productiva, en la que pese a desaparecer buena parte de los enclaves que integraban el tejido productivo, algunos perduran en diferente grado.

150 ARANA CASTILLO *et alii*, 2005, p. 156-157.

151 PALOL, 1948-1949, p. 66-74; y RIPOLL, 1998, p. 232.

152 Así Coripo, por ejemplo, dedica buena parte del libro segundo de su *Juánide*, y diversos pasajes a lo largo de toda su obra, a destacar la devolución de la tradicional fertilidad: «*Y una vez se hizo la paz y fue capturado el tirano, África se volvió en extremo fecunda*» (*Iohann.* III, 29-34), destacando sobre todo la riqueza oleícola, con sus «*olivas como gemas*» (*Iohann.* III, 327).

153 RAMALLO ASENSIO, GARCÍA BLÁNQUEZ y VIZCAÍNO SÁNCHEZ, e.p.